

Las posibilidades de la democracia en Italia

Entrevistas de Ledda Arguedas a Norberto Bobbio, Umberto Cerroni, Azor Rosa, Rossana Rossanda, Giorgio Ruffolo

LEDDA ARGUEDAS

La deslegitimación creciente del quehacer político como medio idóneo para resolver o, al menos presentar alternativas de solución a los problemas generales y específicos de los ciudadanos, constituye el rasgo característico de la realidad política italiana.

Especialmente en el ámbito de la izquierda se toma conciencia de que se ha puesto en marcha una especie de “proceso a la política”. Ésta es considerada por “el hombre de la calle” como una tarea de profesionales que se aíslan en un espacio autónomo y que responden sólo a lo que podrían llamarse las exigencias de una ingeniería del poder; así, la política se convertiría en una mera técnica instrumental, vacía de contenidos ideales.

En el otro extremo, el mundo de las necesidades inmediatas, de los intereses, de los valores políticos, tiende a segmentarse en pequeños canales privados de comunicación con la política de los profesionales, cuando no se anula en el reflujó hacia la privacidad o en la rabia destructiva, de la cual el terrorismo es el mejor ejemplo.

La poca credibilidad en las posibilidades del quehacer político y de las instituciones se traduce dentro de amplios sectores de la sociedad italiana en una marcada desconfianza respecto a los resultados de la participación y en una apatía difusa, sobre todo entre los jóvenes. El malestar se extiende aun a militantes —incluidos los de la izquierda— con una larga historia de compromiso y de lucha cotidiana.

La desconfianza, la apatía, el escepticismo frente a la política constituyen un serio peligro para el funcionamiento y el desarrollo de la democracia. Sin un intercambio vivo entre la esfera social y la estatal, entre participación y representación, entre vida cotidiana e instituciones, los instrumentos de la democracia se deterioran sin remedio.

Para hablar de los problemas y perspectivas de la democracia en Italia solicité la intervención de algunos de los intelectuales más autorizados de la vida política de este país. Cada uno de ellos ocupa una posición específica dentro del amplio abanico de la izquierda y, en mayor o menor medida, han estado siempre presentes en el debate y en la búsqueda teórica y política.

He formulado a cada uno de ellos tres preguntas, las mismas para todos.

La primera cuestiona el futuro de la democracia en Italia y, en general, en los países de Europa Occidental. Los elementos de que parto son, precisamente, el distanciamiento entre política y sociedad así como la indiferencia y escaso entusiasmo en la participación.

La segunda pregunta está orientada a revisar el papel de una institución clave de la democracia representativa, como es el partido político, en relación a la creciente complejidad social. En Italia, cuando se habla de crisis o de "proceso a la política", el juicio recae directamente sobre los partidos. La complejidad progresiva de la sociedad civil plantea demandas frente a las cuales los partidos muestran una seria incapacidad de respuesta. El sistema de partidos parece incapaz de instrumentar una relación nueva entre la dinámica institucional y las necesidades de la sociedad civil; los partidos padecen una relativa impotencia para expresar y representar al pluralismo social en otras palabras la presencia y el crecimiento de los llamados "nuevos sujetos sociales" cuestionan seriamente la *forma partido* que durante toda la posguerra y hasta los años sesenta, constituyera la única vía de canalización y agregación de las demandas sociales.

En Italia, así como en otros países de Europa Occidental, el origen de estos nuevos sujetos sociales se encuentra en la gran vicisitud del 68 estudiantil. La lucha de los estudiantes dio vida a la crítica del autoritarismo, e igualmente a la desconfianza en las instituciones y en las prácticas representativas. Los estudiantes unieron la demanda de democracia directa a un cuestionamiento social que rebasó las escuelas y las universidades y encontraron en la consigna: "Un nuevo modo de hacer política", el nudo central de su planteamiento. La actitud del movimiento ante la política se caracterizó por la discusión de la representatividad y por un exasperado antinstitucionalismo. La política se concibió no como una toma de posición frente a las fuerzas y partidos existentes sino como una necesidad de contar en primera persona, de participar directamente.

El 68 inaugura en Italia una fase de cambio global: en las costumbres, en las formas de ser y de pensar, en los mismos criterios de vida. No es casual que las consignas más difundidas fueran "*Riprendiamoci la vita*" (recuperemos la vida) y "*Cambiamo la vita*" (cambiemos la vida), que a partir de entonces se convertirían en los estribillos preferidos de los movimientos juveniles.

El movimiento estudiantil, sobre todo en la segunda mitad de la década pasada, ha perdido impulso y capacidad de presión, e incluso algunos de los nuevos grupos han degenerado en formas preterroristas. Sin embargo, es indudable que sus contenidos originales, radicales y antiautoritarios, pe-

netraron las costumbres, las relaciones sociales y personales, las actitudes frente a las instituciones y la política.

El 68, con sus planteamientos libertarios, creó el terreno propicio para el nacimiento de otro fenómeno central en el horizonte político italiano: el feminismo. El proceso de agregación de las mujeres se inicia cuando entre las muchachas comprometidas en la lucha estudiantil se difunde la práctica de la autoconciencia: reunirse, separadamente, a discutir el papel marginal y servil que les ha sido asignado por los propios compañeros. La práctica de la "autoconciencia" se convertirá en una especie de psicoanálisis de grupo, espontáneo y sin mediación, en el que las mujeres aprenden a situar sus experiencias personales relacionándolas con el análisis político, a partir de la cual reconocerán las raíces sociales de la propia subordinación.

Esta nueva óptica otorga a la interpretación del dato personal, subjetivo, un valor hasta entonces desconocido, o más bien negado. La lectura política de la vida privada se plantea no sólo como un nuevo instrumento de la liberación femenina sino como una premisa para transformar la sociedad. Siguiendo este razonamiento, las feministas italianas rechazaron el combate exclusivamente emancipador; lo consideraron insuficiente y orientado a integrar socialmente a las mujeres, convirtiéndolas en duplicados de los hombres.

El planteamiento feminista impulsa a la recuperación de valores integrantes de la personalidad humana —tanto masculina como femenina—, que han sido privados de espacio social y de utilidad colectiva por no ser homogéneos con la norma y los ritmos de la "nacionalidad pública". El cuerpo, la materialidad de la vida, la expresión de los afectos, son valores que la decencia normativa ha prohibido al varón —organizador de "lo público" y depositario de "lo racional"— y ha relegado en la mujer, identificándolos con la subordinación y con la supuesta inferioridad femeninas (Carla Ravaiolli).

Con esta idea central, el movimiento feminista trae nuevos cuestionamientos tanto a las formas del juego político tradicional como a la lógica de las instituciones. Afectividad, sexualidad, creatividad, comunicación, ternura, son temas lejanos del lenguaje y de la práctica políticos que conocemos. Al exigir la transformación de la política en un quehacer más atento a necesidades profundamente humanas, el feminismo otorgó a la demanda: "Una nueva forma de hacer política", contornos más definidos y sugerentes.

Con las luchas por la legalización del divorcio y del aborto, el feminismo italiano adquirió el carácter de movimiento masivo. Hoy, en tiempos de reflujo político general, también el feminismo ha entrado en una fase de reconsideraciones profundas. Por ejemplo, ahora que la crisis económica expulsa del mercado del trabajo sobre todo a las mujeres, se redescubre que no puede haber liberación sin una emancipación previa.

Frente a la novedad de las demandas de los movimientos estudiantil y feminista, los partidos del sistema político italiano respondieron, en un

primer momento, con abierta hostilidad. En el transcurso de la segunda mitad de los años setenta, la hostilidad se atenuó; sin embargo, se han mostrado incapaces de elaborar un proyecto de transformación de la sociedad que responda a las necesidades y reivindicaciones que surgieron con tanta fuerza de aquellas luchas. Esta incapacidad es el elemento principal de la crisis de la política.

¿Por qué la incapacidad de recomposición de los partidos de la izquierda? Es común en el debate político italiano la alusión a la ineptitud de la izquierda para expresar una síntesis de los “nuevos sujetos sociales” y de sus necesidades de cambio, ineptitud también para identificar y analizar el carácter de los procesos que dan origen a los nuevos movimientos. La ausencia de un proyecto autónomo de interpretación y transformación ha jugado desfavorablemente en el aprovechamiento de los caminos inéditos (en términos de organización, de acción, de métodos políticos) sugeridos por experiencia como el 68 estudiantil y el movimiento feminista.

Si consideramos la crisis actual de la política italiana como resultado de un mayor nivel de conciencia de amplios grupos sociales, podremos reconocer que es positiva. Sin embargo, las crisis pueden “abrir el campo a la actividad de potencias oscuras” (Gramsci), a irracionalismos y desesperaciones que, como en el caso italiano, pueden conducir a episodios dramáticos como el terrorismo. Y aquí las posibilidades de la democracia como método y forma de gobierno pasan a ser el problema principal.

La tercera cuestión es que la democracia en el Occidente europeo no puede ser discutida sin una referencia a la relación entre socialismo y democracia. La crisis del Estado asistencial, que implica asimismo la crisis del diseño político socialdemócrata y de la estrategia económica keynesiana, propone con mayor fuerza que nunca la *necesidad de socialismo*. No sólo es una necesidad objetiva: precisamente los “nuevos sujetos sociales” son portadores de reivindicaciones, aspiraciones y voluntades que chocan abiertamente con los mecanismos económicos, con el orden social y con los productos culturales del capitalismo contemporáneo. Estas necesidades y aspiraciones se unen a las antiguas, aún insatisfechas, que constituyeron la razón de ser del movimiento obrero histórico. El nacimiento y desarrollo de una nueva *subjetividad social* que rebasa las formas tradicionales de la política y se expresa fuera de los partidos del movimiento obrero, exige el respeto al pluralismo y a los valores de la igualdad y de la libertad, que pueden ser garantizados únicamente por el método de la democracia política.

La relación entre socialismo y democracia constituye, hoy por hoy, uno de los mayores problemas —tal vez el más importante— de la teoría y de la práctica políticas. No sólo por los resultados negativos que para la democracia política ha tenido el desarrollo específico del socialismo en los países del bloque soviético, en China y en Cuba, sino precisamente por la complejidad social creciente que caracteriza a las sociedades occidentales. Si pensamos el socialismo no como una fórmula sagrada y totalizante capaz de resolver cualquier problema individual y colectivo, sino como un

proyecto político en el interior del cual se confrontan intereses y necesidades cambiantes, es ineludible reconocer que la dialéctica entre el poder y las demandas colectivas es una condición indispensable para una verdadera transformación socialista. De ahí la urgencia actual de volver a reflexionar sobre la historia y las perspectivas del binomio socialismo-democracia.

Estas son las motivaciones que sustentan la *tercera pregunta*, con la cual se busca discutir el problema de la democracia en el socialismo y valorar la posición del Partido Comunista Italiano respecto de dicha problemática.

Me preocupa el problema de la democracia, de sus posibilidades, de su necesidad, y considero que actualmente la democracia, como método y como sistema de gobierno, enfrenta graves amenazas. Pienso, por ejemplo, en la difusión de los regímenes militares en América Latina y también en ciertos procesos específicos que se pueden observar en Europa Occidental.

A través de diversas fuentes que van desde las conversaciones privadas hasta los programas de televisión, puedo confirmar una separación progresiva del “hombre de la calle” respecto a los asuntos del poder y del gobierno. La idea prevaleciente es que las decisiones se toman desde lo alto, sin tener en cuenta la voluntad popular. El impulso a la participación se atenúa, cuando no desaparece. La actividad política tiende a reducirse, en el mejor de los casos, al momento de votar, por lo demás sin grandes convicciones. La desconfianza en el mundo de la política adquiere tonos dramáticos y el ciudadano concibe a la clase política como una élite privilegiada.

Con todos estos elementos en juego, ¿es todavía realista plantearse el objetivo de la democracia o ésta se ha convertido ya en una nueva utopía? El sistema de los partidos políticos de Europa Occidental es el resultado de una larga serie de luchas democráticas en las cuales los partidos que se proclaman del socialismo desempeñaron un papel central. Hoy los partidos políticos, e incluso también los del socialismo, se ven embestidos directamente por la marea de desconfianza y apatía que he señalado. El partido político —sostienen teóricos profanos— se ha convertido en un instrumento para capturar el consenso electoral, manipulado por la élite en el poder. La práctica política se ha vaciado de contenidos ideales.

Por otra parte, emergen y se desarrollan aquellos que han sido llamados genéricamente “movimientos sociales” —feminista, ecologista, estudiantil, nuevas categorías de la clase obrera, por hablar de los que han tenido una mayor resonancia. Nacidos afuera de las organizaciones partidarias, plantean demandas que van más allá de las estructuras de producción y que penetran el espacio de la cotidianidad para reivindicar la apropiación del tiempo, de las relaciones personales y de las necesidades y deseos individuales, del propio cuerpo. Estas formas de protesta y movilización colectiva son portadoras de elementos fundamentales para el diseño de un proyecto de cambio real, en el sentido de la calidad de la vida, en el sentido

de una ampliación de los espacios democráticos. Sin embargo, estas formas de protesta han criticado duramente la capacidad de los partidos políticos para canalizar y satisfacer sus demandas. De hecho, han rechazado a los partidos como organismos de representación. Desde este punto de vista, yo pregunto: primero, ¿por qué estos movimientos nacen fuera de los partidos y, sobre todo, fuera de los partidos de la izquierda? y segundo, ¿qué cambios deben sufrir los partidos políticos —en forma particular, nuevamente, los de la izquierda— para reconquistar un papel protagónico en la lucha por la democracia?

Los hechos últimos del “socialismo real” (la disidencia, Afganistán, Polonia) replantean el problema de la relación entre socialismo y democracia.

En las tesis del último congreso del Partido Comunista Italiano, la democracia política es considerada la más alta forma de organización del Estado. Con esta concepción están de acuerdo todas las fuerzas democráticas. En consecuencia, en Italia, los partidos políticos que luchan por la construcción del socialismo han condenado firmemente algunos aspectos de la política interna e internacional de la Unión Soviética. En su opinión, ¿cuáles pueden ser las consecuencias para el movimiento obrero internacional de un ulterior, lamentable distanciamiento, en los países del “socialismo real”; entre democracia y socialismo?

GIORGIO RUFFOLO *

La primera pregunta se refiere a un tema muy actual dentro del debate político contemporáneo: el de la compatibilidad entre democracia y complejidad. Muchos teóricos conservadores, a partir de la publicación del famoso informe de la Conferencia Trilateral, han afirmado, sobre la base de la llamada “teoría de la sobrecarga”, que con el desarrollo de la democracia las demandas planteadas por grupos cada vez más numerosos, dife-

* Economista y miembro de la dirección del Partido Socialista Italiano. Dirigió desde 1957 hasta 1963 el Departamento de Estudios Económicos del Ente Nacional de Hidrocarburos (ENI). En 1964 fue director de la oficina de Programación del Ministerio de Programación y Presupuesto. Participó en la llamada experiencia del “centro izquierda”, nombre que designa al conjunto de gobiernos que desde 1962 hasta 1969 incluyeron una representación socialista e intentaron llevar a la práctica un programa de reformas orgánicas. En realidad, esta última intención fue patrimonio casi exclusivo de los socialistas y Ruffolo, como director de Programación, fue uno de los más comprometidos con los esfuerzos de planificación económica. Actualmente es representante de su partido en el parlamento europeo. Hasta 1975, desempeñó el cargo de secretario general de Programación. Actualmente es representante socialista en el parlamento europeo. Entre sus publicaciones figuran: *La gran empresa en la sociedad moderna* (1967), *Informe sobre la programación* (1973), *Reformas y contrarreformas* (1975).

renciados y organizados son tantas e imponen al Estado y al gobierno una tensión tal que determinan una crisis, una parálisis de las decisiones.

La respuesta simplificadora a la crisis determinada por esta sobrecarga es que es necesario diferir en el tiempo, o seleccionar, o reducir la demanda política planteada por los distintos grupos sociales en nombre de la democracia. Esta es también en el ámbito de la política económica, la respuesta monetarista y neoliberal. En el fondo, el retraimiento del *Welfare State* significa la tentativa de simplificar las relaciones económicas eliminando formas de protección social y restituyendo una relación de fuerza privilegiada al grupo capitalista, gracias al llamado libre juego del mercado. En otros términos, la respuesta conservadora, tanto en el nivel político como en el nivel económico, es simplificar el sistema, en el sentido de restaurar los viejos modelos de autoridad o de mercado. De todas maneras, se trataría siempre de viejos modelos basados en la fuerza o bien en el interés, que son los dos resortes esenciales de la organización económica y política tradicional.

A esta alternativa conservadora, es más, decididamente reaccionaria, se puede oponer otra, que no es la tradicional de la izquierda, también simplificadora: eliminar la propiedad y todo mal será eliminado, o bien eliminar el Estado. En el fondo, la izquierda todavía no ha dado una respuesta de conjunto al problema de la complejidad. Sabemos que las relaciones sociales en lugar de simplificarse se han complicado, y la izquierda democrática debe dar una respuesta compleja y no simplificadora. Creo que esta respuesta debe consistir en buscar un proyecto que implique un consenso y, por lo tanto, una planificación democrática entre los distintos grupos sociales. Si todos los grupos sociales han adquirido la capacidad para expresar no solamente una reivindicación sino también una presión política, y si la combinación de ambas corre el riesgo de convertirse en inflación en el terreno económico y en parálisis de la toma de decisiones en el terreno político, la respuesta progresista tiene que ser: busquemos un consenso entre estos grupos, un consenso *a priori*.

Este consenso es posible si hay un proyecto de planificación de la sociedad. La democracia, por lo tanto, ya no puede seguir considerándose una simple regla del juego; debe ser concebida como una determinación de los objetivos del juego. En este sentido puede darse una respuesta al problema de la complejidad-democracia: no simplificar las instituciones sino hacer más complejo el proceso decisional. En otros términos, no hay que reducir la demanda política sino aumentar la capacidad de oferta de las instituciones.

II. Los partidos ya no son capaces de traducir la demanda política, lo cual provoca una atmósfera de apatía, de reflujo, de desinterés, de relajamiento del tejido político-social. Este fenómeno está ligado a una primera constatación: en la medida en que una sociedad expresa demandas que luego son frustradas, tarde o temprano esta frustración se manifiesta bajo formas

violentas de terrorismo, por ejemplo, o bajo formas no violentas, pero igualmente peligrosas, de no participación, de desaliento, de desmoralización. En efecto, esto sucede tanto en el terreno político como en el económico. En el terreno económico, por ejemplo, la inflación, resultado de un conflicto irreductible sobre la repartición del ingreso, provoca una creciente marginación de ciertos sectores sociales. Algunos sectores sociales logran defenderse a través de los mecanismos de protección del poder adquisitivo, pero como no se puede proteger a todos por igual, de ahí deriva la existencia de grupos más débiles y menos capaces de organizarse sindicalmente que acaban por quedar excluidos: los jóvenes, las mujeres, los ancianos, las minorías étnicas, cada vez más arrinconadas en los márgenes de la sociedad económica y de la democracia política. De estas categorías surgen demandas que los partidos no logran canalizar. Y aquí me parece que el sentido, el interés de esta pregunta es precisamente ¿por qué los partidos no encuentran una respuesta? y ¿cómo podrían encontrarla? Los partidos nacieron en una sociedad menos compleja, cuyas demandas eran bastante evidentes y no era necesario definir las a través de programas o de proyectos. Para quien no ganaba el salario mínimo vital, era bastante natural pedirlo.

Hoy los partidos se encuentran en crisis ya que para expresar una demanda política es necesario definir proyectos mucho más complejos y no tienen ni la capacidad técnica para hacerlo, ni la capacidad de recoger una demanda política difusa, porque se han burocratizado. Los partidos padecen dos crisis: la crisis que podríamos llamar de información y la crisis de cultura, que refleja la necesidad de un cambio en el personal político. Ya no son importantes ni el agitador ni el burócrata, ahora es necesario un político capaz de profundizar los problemas, de estar al día, culto. Obviamente no era concebible que el político tradicional fuese un analfabeto y hoy analfabetismo significa, por ejemplo, no saber nada de la tecnología moderna, de los mecanismos del mercado, del rédito, de la información, de la ciencia moderna, etcétera. Hay un analfabetismo político que impide a los partidos desempeñar un papel de informadores activos, de programadores.

Además, existe una crisis de la información que los partidos reciben, información pasiva. Los partidos ya no disponen de las terminales adecuadas para captar información de la sociedad, porque se han burocratizado. Esta es una ley de la entropía política: tarde o temprano, cualquier movimiento se cristaliza en institución. Por eso, cuando nacen las nuevas demandas no encuentran expresión en los partidos sino en movimientos difusos.

¿Significa esto que debemos destruir los partidos para pasar a los movimientos? No; pienso que debemos reformar los partidos para que puedan recoger las demandas de estos nuevos movimientos. En el pasado el movimiento obrero y sindical formó partidos para tener un peso político; no podía permanecer en el nivel de movimiento y de agitación porque las agitaciones difusas tarde o temprano se disgregan, como las *jacqueries*

campesinas; por eso deben transformarse de algún modo en institución. Existe siempre un equilibrio necesario entre la "fase caldeada" del movimiento y la "fase fría" de la institución burocratizada. La institución debe estar viva y entonces el problema es reformar estos partidos con un personal político nuevo y con una participación interna y una apertura hacia la sociedad mucho más amplias; en otros términos, perseguir el camino opuesto al partido militante y burocrático, que era el modelo del partido de masa de los primeros años de este siglo.

L.A.: En este sentido tengo una duda: ¿no existirán elementos propiamente estructurales que impidan a los partidos recoger y elaborar todas estas transformaciones sociales ya maduras? Los movimientos, por ejemplo, rechazan el mecanismo de la representación. En el momento en que la institución-partido debe reformar un mecanismo como ése, ¿no se convertirá en otra cosa? En otras palabras, los partidos, con sus características formales ¿pueden recoger, dar una respuesta, a estas nuevas demandas en juego?

Bien, ninguna institución puede permanecer por siempre igual a sí misma. Los partidos, por lo demás, también han cambiado mucho: del partido clientelar al electoral, al partido de masa. Creo que hoy es necesaria una nueva transformación, pero no en el sentido de disolver el partido en el movimiento y abolir así el concepto de representación política. La representación política es un concepto fundamental para la selección de la demanda; de lo contrario tendríamos las organizaciones asambleísticas, demagógicas, tiranizadas por unos cuantos personajes más o menos carismáticos; movimientos que se disgregan o bien se convierten en pequeñas camarillas o conjuras. El partido debe tener una nervadura, una columna vertebral de representación, pero debe ser capaz de expresar una finalidad de la acción política que es mucho más compleja. Hablar de proyecto hoy, y hablar de programa, es muy diferente que haberlo hecho hace cincuenta años. Hace cincuenta años los programas eran bastante evidentes y los intereses de los grupos sociales que los partidos representaban eran explícitos. Hoy los partidos deben mediar los distintos intereses a través de una elaboración programática que exige un personal político diferente y, por otra parte, si bien no deben diluirse en movimientos, deben abrir su estructura a la sociedad a través de un tipo de organización que no puede ser ya la sección urbana o la célula del partido cerrado. Necesitamos una organización de partido capaz de dar voz no sólo a sus inscritos individuales sino también a los inscritos digamos colectivos, a asociaciones voluntarias, a clubes, a organizaciones sindicales, a cooperativas; un partido que plante sus raíces en la sociedad compleja y diferenciada en la cual vivimos.

III. Si usted me lo permite, no puedo aceptar esta pregunta tal como está formulada. En ella se habla de que el Partido Comunista Italiano ha condenado firmemente algunos aspectos de la política interna e internacional de la Unión Soviética; luego usted pregunta sobre las eventuales consecuencias de un ulterior distanciamiento entre democracia y socialismo en los países del socialismo real. Estoy firmemente convencido de que en los países del socialismo real no existe ninguna relación entre democracia y socialismo. Son países autoritarios, antidemocráticos y opresivos, que representan en su esencia la antítesis del socialismo y de la democracia. Esta es mi sólida convicción de socialista. Si bien el Partido Comunista Italiano, al expresar un juicio autónomo y crítico frente a muchos actos realizados por el régimen soviético, se ha distinguido en forma muy positiva de los otros partidos comunistas, todavía no se ha expresado sobre el fondo del problema, es decir, sobre la naturaleza y esencia del poder soviético, que es un poder antiobrero, antisocialista y antidemocrático.

ALBERTO AZOR ROSA *

I. Es difícil responder a esta pregunta porque comparto el diagnóstico que usted formula como base del planteo. Diagnóstico que en todo caso podría ser aún más pesimista si lo completamos con la experiencia directa de quien vive una situación como la italiana o la europea en general. Tengo la impresión de que en esta fase la situación italiana no es radicalmente diferente de la situación política gubernativa de los otros países de Europa occidental. Tal vez podría decirse que la debilidad de la estructura estatal y política en Italia anticipa con mayor gravedad fenómenos que pueden verificarse, más adelante, también en otras naciones europeas. Durante la última década el sistema político italiano considerado en su conjunto ha ido separándose progresivamente de los movimientos de la sociedad civil, de la economía, de las orientaciones fundamentales de la opinión pública. Este es el dato que caracteriza actualmente a la demo-

* Milita en el Partido Comunista Italiano, dentro del cual ha ejercido siempre un papel crítico de primer plano. Durante los primeros años de la década del sesenta, junto a Raimondo Panzieri, Mario Tronti y otros, organizó la revista *Quaderni Rossi*, cuya propuesta de fondo era enfrentar a las nuevas formas del capitalismo, nuevas formas de lucha obrera, a través de la transformación de los sindicatos en órganos de acción revolucionaria. Es también profesor universitario de literatura italiana y forma parte del comité de redacción de *Laboratorio Politico*, revista fundada recientemente con el objetivo de poner en marcha una operación crítica de las categorías tradicionales del análisis político, sobre todo las del marxismo.

Desde 1976 hasta 1979 fue representante del Partido Comunista Italiano en el Parlamento. Entre sus publicaciones encontramos: *Escritores y pueblo* (1965), *Intelectuales y clase obrera* (1971), *La cultura en la historia de Italia* (1975), y *Las dos sociedades* (1977).

cracia italiana. Un hecho que, por lo demás, experimenté de manera directa al formar parte del Parlamento por año y medio. El sistema político termina por actuar como un sistema cerrado en donde las acciones y las relaciones son determinadas no tanto por la exigencia de deshacer los nudos reales de la sociedad y de la economía, cuanto por la exigencia de dar respuestas, de producir movimientos y contramovimientos frente a los otros componentes del sistema político en cuanto tal. Aclaro: la Democracia Cristiana diseña sus opciones en relación a las de los partidos de la coalición de gobierno y de oposición; los aliados de gobierno de la Democracia Cristiana deciden en base a los movimientos de la Democracia Cristiana o de la oposición; el Partido Comunista decide sus movimientos de acuerdo a los de la Democracia Cristiana y a los otros partidos de gobierno. Sobre esto pienso que no hay mucho más que decir, pues es uno de esos fenómenos que considero irrefutables.

Por cierto, este fenómeno incide directamente en el funcionamiento de la democracia como sistema político de gobierno. Esta separación entre sistema político y sociedad —que encontramos tanto en el comportamiento moral e intelectual como en las opciones económicas— termina por debilitar la credibilidad del sistema democrático; disminuye asimismo su capacidad de decisión y de funcionamiento. Es así como la proliferación de los debates y la aparente riqueza del enfrentamiento acaba por traducirse en una atenuación de la capacidad de decisión; por lo tanto: incapacidad de funcionamiento de los instrumentos tradicionales de la democracia representativa (Parlamento, partidos), como elemento de conexión y de dominio frente a la sociedad civil en su conjunto, un sistema político que se encierra en sí mismo, una democracia que se enturbia. Pienso que sobre este diagnóstico no hay mucho que discutir.

Ahora bien, pueden existir diferencias de opinión respecto a las razones de esta divergencia; y es aquí, en este terreno, donde se delinearán estrategias diferentes frente a las cosas por hacer. No creo que la explicación pueda ser unívoca, en un solo sentido. Sin embargo, yo daría al menos una explicación central de la cual derivan todas las demás. En Italia (aunque también en toda la Europa occidental), en los últimos veinte años, las formas asumidas por el cambio en todos los sectores sociales y en todas las clases han sido de una relevancia grandísima y han provocado modificaciones extraordinarias de comportamiento y de costumbres. En Italia, por el hecho mismo de que se trata de un país relativamente atrasado respecto a otras naciones europeas, esta renovación, estas modificaciones, han sido aún más marcadas. La evolución de Italia como sociedad civil moderna ha sido excepcionalmente rápida en las dos últimas décadas, respecto del siglo precedente. Y aquí se deberían enumerar los diversos factores de este proceso que, desde mi punto de vista, no empieza en el 68 sino antes e incluye el 68 como momento de un proceso más complejo. Es durante los primeros años de la década del sesenta cuando se inicia este proceso de modificación acelerada y profunda que cambia casi todo: la economía, la estructura social, la relación entre los diversos sectores de

la población italiana. Se producen fenómenos como traslados masivos de población de un sector geográfico del país a otro, como la escolarización de masa; comienzan a manifestarse incluso formas nuevas de relación entre el individuo o los grupos y la política o las actividades públicas y sociales.

Ahora bien, entre la dimensión y rapidez de la renovación social, cultural e intelectual y la renovación de las estructuras políticas (ya se trate de los partidos como organizaciones intermediarias entre la sociedad y el Estado, ya del interior del Estado mismo) encontramos una desproporción gigantesca. Esta desproporción, esta divergencia objetiva, ha ido creciendo a medida que todos los fermentos de renovación, después de haber alcanzado un punto máximo, tendían a atenuarse o a entrar en crisis, precisamente por la ausencia de una estructura institucional y política capaz de ubicarlos en una dimensión permanente. La democracia italiana está en peligro porque no se ha adaptado a este tipo de transformaciones.

Llegados a este punto, se podrían delinear dos posiciones diferentes. La primera concluiría que, a la altura de una cierta fase histórica, el sistema democrático representativo no logra representar los cambios. La segunda analizaría la separación entre sistema político y sociedad no como el resultado de la crisis del sistema democrático representativo sino como el producto de la crisis de una forma específica y concreta de democracia, ligada a una determinada situación histórica y a determinados hombres y grupos organizados. De la diversidad entre estas dos respuestas derivan consecuencias políticas y prácticas muy importantes. El problema es complejo. En Italia, como también en otras partes, la alternativa concreta a la degradación del sistema democrático representativo no es simplemente el retorno al autoritarismo. Aún se puede intentar hacer funcionar este sistema, al menos provisionalmente, hasta que ciertas relaciones se reconstituyan y se recupere la posibilidad de hacer política a nivel de masas, con formas nuevas respecto al pasado. De otra manera, habría que llegar a conclusiones muy pesimistas a las que, en efecto, a veces llegamos.

LA.: Quizás más ustedes, los italianos, ya que aquí hay toda una tradición nostálgica...

No, porque la tradición nostálgica pienso que es muy débil. Si por nostalgia se entiende la referencia a un modelo histórico preciso como el fascismo, no existe ningún grupo político serio que plantee como proyecto orgánico el retorno a un pasado de este tipo. Los mismos sectores del Estado que podrían sentirse tentados por una solución autoritaria no están ligados a esta tradición. El peligro es otro: que la impotencia del sistema democrático llegue a tal punto que se deba inventar una solución inédita que podría presentar analogías más bien con el gaullismo francés y no con el fascismo mussoliniano, o bien con un régimen concordado entre ciertos

poderes del Estado y ciertas fuerzas políticas, una especie de *democracia vigilada*. Esta, pienso, es la hipótesis pesimista más razonable, más fácil de concebir, antes que una dictadura militar o que el resurgimiento de un partido nacional de tipo fascista. El cambio social en Italia ha sido tan profundo que estas dos últimas responsabilidades son verdaderamente impensables, mientras no lo es del todo un régimen que, fundándose en el cansancio de ciertos sectores sociales, los más productivos y los más comprometidos en el plano económico y social, elabore lo que yo llamo una *democracia vigilada*; una democracia en la cual exista libertad de palabra y sobreviva un cierto pluralismo, pero enmarcados por una legislación muy restrictiva. Esto no puede excluirse del todo. Nosotros tenemos generales democráticos, o que se autocalifiquen así.

Por otro lado, podría nacer también un debate sobre el significado y la práctica de la democracia. Entonces, por ejemplo, podría abrirse una discusión en la cual se dijera que todos estamos a favor de la **democracia**, pero que esta democracia, para sobrevivir, debe imponer ciertas limitaciones al derecho de huelga, realizar una reforma a la Constitución, reglamentar las actividades de los partidos y otras cosas por el estilo. Pienso que un planteamiento semejante penetraría incluso en sectores consistentes de la opinión pública, aprovechando precisamente el cansancio producido por la política.

II. Habría que aclarar un aspecto característico de la situación italiana: la fuerza particular que ha tenido el *elemento partido*. El movimiento que siguió a la Liberación y a la Resistencia —sobre todo los partidos de izquierda y, particularmente, el Partido Comunista de Togliatti— insistió mucho en el partido como elemento de organización política primaria, como instrumento fundamental de organización de la democracia. Fue así porque los hombres de los partidos que actuaron en la Resistencia y después de la Liberación se plantearon el problema de construir un sistema político que no dejara espacio a las aventuras de carácter reaccionario. El sistema liberal prefascista no se fundaba en los partidos sino en una tradición clientelar, donde la política era tarea de grupos restringidos, que maniobraban las clientelas locales. Por lo tanto, en Italia la preocupación por crear un sistema fuerte de democracia política, fundada en los partidos, correspondió a la otra preocupación tendiente a evitar que se dejara espacio abierto a las aventuras reaccionarias y autoritarias. En este sentido creo que el sistema ha funcionado precisamente gracias a los partidos, a los sindicatos, a las grandes organizaciones de masa y, en general, a la tendencia a crear organizaciones que no sean simplemente de vanguardia sino que ligen efectivamente las masas a las instituciones y a la democracia política.

Como cada acción tiene su reacción, también este sistema ha provocado

rigidez y durezas en los puntos de unión entre el sistema político y el resto de la sociedad no organizada. La rigidez se expresa, por ejemplo, en un fenómeno muy difundido en la conciencia de masa, para la cual sólo lo que pasa a través del tamiz de la organización de los partidos asume significado político. Este fenómeno presenta sus aspectos degenerativos más visibles en los procesos de parcelación del poder que en Italia son muy avanzados. En importantes sectores de la vida económica, de la vida civil y de la información se procede a una repartición entre los partidos que, naturalmente, premia en forma muchísimo mayor a los partidos dominantes, pero en la que participan también los partidos de oposición, al menos con su consentimiento. Al lado de éstos, que constituyen los aspectos degenerativos claramente al descubierto, existe un problema más profundo y más serio: el de la compresión de las formas de representación directa de la sociedad civil por los partidos, que han terminado por querer administrar todo; el conjunto de las relaciones políticas, las decisiones fundamentales, etcétera. Hasta cierto punto esto puede ser normal; sin embargo, se convierte en elemento negativo cuando el partido quiere abarcarlo todo sin disponer, al mismo tiempo, de la capacidad y de la posibilidad de representar las novedades que fermentan en la sociedad civil. No creo que el partido político deba ser un ente capaz de representar la totalidad; pero si se comporta como tal y, simultáneamente, no logra representarla, entonces entre lo que queda fuera del partido político y éste, no sólo existe una distinción, que sería normal, sino que nace un conflicto. Cuando comenzaron a manifestarse, los movimientos de los estudiantes, de las mujeres, de los ecologistas, no solamente eran percibidos como diferentes del partido, lo cual, repito, me parece normal, sino que eran vividos como antagónicos, hostiles y, por consiguiente, combatidos como tales. En esta forma se verificó una situación que podríamos calificar como crisis de la democracia, porque las ideas que en una visión estratégica amplia podían considerarse encaminadas en la misma dirección, se encontraron disputando entre sí, en competencia, o abiertamente en antagonismo.

Yo no afirmo la exigencia para el partido político de tomar en cuenta todas las demandas que vienen de la sociedad civil porque pienso que el partido político no puede superar ciertos límites. No creo que pueda desempeñar el papel de un movimiento de liberación de las mujeres; no creo que pueda realizar el conjunto de instancias de las cuales es portador un movimiento feminista, porque considero que el ámbito del partido político es más limitado de lo que por tradición y por mucho tiempo se le ha atribuido. Hay una cantidad de esferas de la existencia no organizables políticamente. Por ejemplo, afirmar una mayor exigencia de respeto para la propia personalidad sexual es una reivindicación que pertenece sólo en parte a la reivindicación política. El partido político puede tomarla en cuenta en el ámbito de sus actividades de organización, de legislación, de

propuesta política, lo que no significa una absorción total de esa exigencia en el interior del partido. Lo que sí puede esperarse es que formas diversas de organización —que atienden exigencias diferentes de la relación entre el individuo o los grupos y la sociedad— antes que presentarse como antagonistas pueden ser recogidas en una estrategia de conjunto.

L.A.: Quisiera insistir un poco más sobre el tema y recordar el debate que se abrió hace poco en las páginas de *Rinascita*, a propósito de la carta enviada por un compañero homosexual. He asistido a discusiones en donde el punto de la polémica se resume en si estos temas deben ser objeto de reflexión de los militantes comunistas como tales, o si son secundarios y entonces el militante debe ocuparse primero que nada de la crisis del país.

Yo no jerarquizaría los problemas; es necesario que todos sean afrontados en sus respectivas esferas, cada uno con idéntico compromiso. Pero esta carta y el debate que le siguió son testimonio de una confusión. Porque doy por descontado que el partido debe reconocer absoluta legitimidad de presencia a homosexuales y no homosexuales dentro de las propias filas, pero no creo que el conjunto de la cuestión homosexual pueda convertirse en un elemento de programa político del partido. Nos encontramos en dos esferas que se tocan, se superponen, pero no coinciden. Por lo tanto, para el partido el problema es hacer madurar su propia sensibilidad hasta darse cuenta de que la realidad es mucho más vasta de lo que hasta ahora ha creído.

III. Yo respondería con la observación de que cualquier iniciativa de la Unión Soviética que reprima intentos de este tipo repercute en el Occidente europeo. Aumentan así las dificultades para todas las fuerzas de la izquierda, incluidos los comunistas italianos, que se esfuerzan por seguir la misma línea que siguen en este momento los disidentes polacos. Las iniciativas soviéticas se convierten en otros tantos argumentos a favor de una concepción autoritaria y cerrada de la democracia; a favor de la imposibilidad de realizar el socialismo unido a la democracia política. Este tipo de acciones preocupan al Partido Comunista Italiano, pues es precisamente su línea la que resulta golpeada en forma más dura. Primero que nada porque desde hace varios años el Partido Comunista Italiano ha venido planteando —con errores, oscilaciones, dificultades— la posibilidad de construir un socialismo en un sistema de democracia política. En este sentido pienso que los hechos de Afganistán y Polonia, para no hablar de Checoslovaquia, vuelven a poner en juego problemas de fondo,

porque ya es imposible sostener, como se hiciera alguna vez, que estas acciones de la Unión Soviética son simples desviaciones del sistema. Evidentemente estas acciones son orgánicas del sistema. Se trata entonces de entender de qué sistema se trata. ¿Es susceptible de ser definido como socialista? Y si así fuera, ¿qué puede pensar entonces quien ha creído y sostenido en Occidente —aunque también en los países del bloque soviético—, que no se podían realizar transformaciones profundas sin mantener las garantías políticas, la libertad de expresión, de organización, etc.

Mi respuesta hace surgir una serie de problemas no resueltos y, evidentemente, en este punto será necesario volver a discutir sobre el socialismo.

L.A.: ¿Qué es el socialismo?

Exactamente. No es una respuesta evasiva porque estoy convencido de que en este momento el nudo es éste. No se puede evitar el problema. Yo, sobre la línea del Partido Comunista Italiano, que es mi partido, tengo muchas dudas, sin embargo, por lo que se refiere al aspecto internacional, la encuentro muy justa y también muy hábil, en el sentido de que se realiza sin provocar rupturas inútiles.

En este momento la crisis del modelo socialista soviético nos envuelve también a nosotros, no en el sentido de que los comunistas italianos dependan de la Unión Soviética, en lo cual ya ninguno cree, sino en el sentido de que la crisis no es sólo la de uno de los tantos modelos imaginables de socialismo. Es la crisis del modelo socialista tal y como la historia lo ha realizado desde la Revolución de Octubre en adelante, del único modelo que hasta ahora ha tenido una aplicación práctica. Porque no ha habido otros, aparte del experimento de autogestión en Yugoslavia que, debido a su particularidad, no creo que pueda concebirse como una alternativa. No podemos limitarnos a llevar adelante la fórmula que consiste en decir que puede existir socialismo sin democracia política. Es necesario repensar más profundamente qué significa esta fórmula, qué significa el objetivo del socialismo que grandes masas se propusieron desde hace más de un siglo y que ahora no se sabe más cómo pensar, y ya ni siquiera digo cómo realizar.

L.A.: La fórmula sería el punto de partida.

Exactamente. Pero ya que estamos bastante de acuerdo en que no nos satisface, en que no corresponde a las exigencias, no sólo de simples estratos intelectuales sino verdaderamente de grandes masas de militantes,

es necesario que a partir de ella comencemos a reconsiderar toda una parte consistente de nuestra doctrina.

L.A.: Pienso que los dos polos de la fórmula deben ser reconsiderados.

Así es. La conclusión es que ambos están en crisis. Son discutibles sea en la doctrina, es decir en la tradición teórica que tienen a sus espaldas, sea en las realizaciones prácticas. La situación no es para nada divertida. Y lo que más preocupa, lo que más hace pensar, es que en el enfrentamiento mundial entre los dos términos de la fórmula socialismo-democracia, el que manifiesta una mayor capacidad de atracción es, al final de cuentas, la democracia política. Este no es un juicio de valor. Estuve en Polonia hace un año y me encontré con mucha gente: intelectuales, profesores universitarios, estudiantes, y todos invocaban la aplicación de un sistema de democracia política pura, a la occidental. No había ninguno que dijera: es necesario construir el socialismo corregido con la democracia. No, en la gran mayoría de los casos querían la democracia política sin el socialismo y era vano, inútil, intentar explicarles qué negativa puede ser la democracia política a secas. Es dramático llegar a estas conclusiones a sesenta años de la Revolución de Octubre, pero es necesario tenerlas muy presentes y actuar en esa realidad que nos indican.

UMBERTO CERRONI *

I. Voy a responder primero a la cuestión final. La defensa y el desarrollo de la democracia constituye aún, no obstante todos los elementos que han sido enumerados, el objetivo políticamente más justo, más realista y con mayor fundamento moral.

La democracia, es cierto, seguirá siendo un modelo difícil de alcanzar, pero no creo que para las grandes masas populares ni para los intelectuales se haya convertido en pura utopía. Por el contrario, los países que cuentan con una larga historia democrática, aun advirtiendo los defectos

* Profesor de Ciencia Política en la Universidad de Roma, miembro del Comité Central del Partido Comunista Italiano y del Comité Directivo del Instituto Gramsci. Entre sus numerosos trabajos se destacan: *Kant y la fundación de la categoría jurídica* (1962), *Marx y el derecho moderno* (1963), *Los orígenes del socialismo en Rusia* (1965), *La libertad de los modernos* (1968), *El pensamiento jurídico soviético* (1969), *Técnica y libertad* (1971), *Teoría de la crisis social en Marx* (1971), *Teoría política y socialismo* (1973), *Sociedad civil y Estado político en Hegel* (1974), *La relación hombre-mujer en la civilización burguesa* (1975), *Introducción a las ciencias sociales* (1976), *Crisis ideal y transición al socialismo* (1977) y *Cartas de la crisis* (1978).

del proceso democrático —y a veces frenándolo, deteniéndolo dirigiéndolo hacia metas conservadoras—, no pueden sustraerse a la fascinación y a la exactitud de la afirmación de un famoso conservador, Winston Churchill. En efecto, Churchill señaló que la democracia es un sistema político sin duda defectuoso, pero que todos los otros lo son todavía más. He aquí la frontera insuperable para una conciencia moderna, aunque se trate de conciencia conservadora. A pesar de todo, pues, la democracia es el sistema político más adecuado para nuestra época, lo cual debe ser una verdad para cualquier progresista.

Consideremos ahora los elementos de la pregunta que nos preocupan por la democracia. En primer lugar, yo diría que no es necesario asustarse por las dificultades que encuentra. Un gran teórico, Tocqueville, definió la democracia como “la gran cuestión del mundo moderno”. Sería verdaderamente extraño que lo que yo me atrevería a llamar “la cuestión *más importante* del mundo moderno” no fuera de difícil solución. Por lo demás, precisamente en los sistemas democráticos se perciben con más claridad las dificultades generales del mundo moderno. Estos sistemas, en efecto, no censuran los problemas que encuentran y por ello tienden a expandirlos.

Esto lo digo desde un principio para evitar que se piense que una solución a los problemas de los sistemas democráticos puedan constituirlos los regímenes militares, policíacos, siempre feroces e ignorantes, que por desgracia encontramos en el mundo, especialmente en los países en vías de desarrollo. En alguna medida también tienen conciencia de ello, naturalmente pervertida, los mismos protagonistas de aquellos sistemas policíacos quienes, pasados los primeros meses de represión feroz, buscan el favor popular dando un nuevo brillo, en forma manipulada, a algún instituto de la democracia. En los últimos tiempos hemos asistido a elecciones en Chile y en Uruguay. Tenemos aquí la prueba de la vitalidad objetiva de las instituciones democráticas, aun cuando se utilicen solamente como mecanismos falseados. Concluyo sobre este punto agregando que nada es mejor que lo que ahora nos parece lleno de defectos. De todas maneras, la democracia debe corregirse y desarrollarse.

En los países industrializados, las dificultades de la democracia no son las mismas que encontramos en los países en vías de desarrollo. En estos últimos, los problemas están ligados al atraso económico, político y cultural de las grandes masas populares y, por lo tanto, a la dificultad de extender formas de responsabilidad y de participación en sociedades demasiado cerradas. En cambio, en los sistemas democráticos de los países desarrollados los problemas dependen, sobre todo, del hecho de que la democracia debe enfrentar un ritmo de desarrollo económico y social acelerado por ella misma. Este es precisamente el *límite* singular de la democracia, la cual, como sistema de gobierno, impulsa procesos de crecimiento

social y político que no logra controlar, canalizar y dirigir de manera inmediata. Sin embargo, este *límite* deriva de su misma superioridad frente a cualquier otro sistema, porque la democracia desencadena las energías humanas a todos los niveles y en todas las categorías sociales, sobre todo en las clases trabajadoras. Por sí mismo, el desarrollo de la conciencia de los propios derechos aumenta el nivel de consumo, las demandas sindicales, las protestas políticas, los controles, la crítica; lo cual, por cierto, crea una demanda proporcionalmente *demasiado fuerte* respecto a la capacidad inmediata de respuesta. Pero esto no es culpa de la democracia política, que necesita constantemente impulsar reformas.

La democracia exige una política renovadora y continuas reformas de la estructura social, porque la demanda creciente solicita una respuesta abierta y sensible al progreso. En resumen, la verdadera dificultad de la democracia consiste en lo siguiente: por una parte, debe garantizar la permanencia del método de la libertad, del consenso y de la soberanía popular; por la otra, este método estimula el crecimiento de la demanda política y reclama una modificación del sistema social.

Tal dificultad puede ser evaluada en dos formas diferentes. Encontramos al conservador que elabora un juicio negativo porque ve crecer la demanda y constata que este crecimiento pone en crisis al sistema; se inclina entonces a pensar que la culpa es del método democrático y reacciona destruyéndolo o, al menos, restringiéndolo. Por eso cité la frase de Churchill, porque me parece el límite que aun el conservador debe saber respetar. El método de la libertad y de la democracia debe ser antepuesto a todo por todos. Ni siquiera las más graves crisis económicas, ni las reivindicaciones de categorías específicas, trabajadoras o privilegiadas, deberían ponerlo en peligro.

Desde el punto de vista negativo se puede llegar a considerar que se debe limitar la democracia para contener la demanda, estimulando de esta manera la despolitización de la sociedad. Se favorecen entonces procesos de apatía creciente, de alejamiento de las grandes masas trabajadoras de la democracia política. Así sucedió, por ejemplo, en la República de Weimar y venció el nazismo.

Pero existe otro enfoque: si se logra promover un reajuste oportuno a través de la reforma del sistema social, se puede —de hecho— mantener el método de la democracia política sin frenar el crecimiento de la demanda. No quiero decir que las reformas deban tender artificialmente a subvertir el sistema social sino a resolver las dificultades sociales reales. Así como las reformas no deben sofocar la demanda política limitando la soberanía popular, tampoco deben desquiciar la democracia. Porque la democracia no es un asunto de *gattopardi* —como dice Tommaso Landolfi en su novela— que quieren cambiar todo para que nada cambie; tampoco es asunto de lobos que se disfrazan de corderos para subvertir

las libertades invocando la tutela de estas mismas libertades. No, el problema se plantea en otros términos. Se trata fundamentalmente de lograr que las grandes masas participen en la responsabilidad de cambiar el sistema social enfrentando en primera persona los problemas y el proyecto del cambio. Esto exige que se alimente el debate democrático con temas concretos elaborados con base en el análisis científico; es el modo de que las masas abandonen tanto su condición subalterna, como el corporativismo. Y también es éste el modo —expresándome en el lenguaje tradicional del movimiento obrero italiano— de hacer crecer en ellas la conciencia nacional y la responsabilidad histórica. Se trata de una vía que hasta ahora nadie ha intentado, difícil e incierta. Sin embargo es la única que permite un progreso civil en un país civilizado.

Uno de los países donde la democracia se encuentra en mayor peligro es quizás el mío, Italia. Pero quisiera hacer notar que si en Italia —a pesar de todos los peligros del terrorismo—, la democracia se sostiene, es porque las grandes masas trabajadoras se sienten comprometidas, responsables de la suerte de la democracia. Esto de ninguna manera significa una reducción de sus demandas, sino la convicción responsable de que son ellas mismas las que deben decidir los ritmos de sus propias reivindicaciones, midiéndolas con base en la necesidad fundamental de salvar a la comunidad nacional y a la misma democracia. Esta es la manera de encarar los problemas de la democracia moderna en el marco de una gran tradición intelectual y moral.

II. El peligro para la democracia empieza no cuando la decisión política se toma desde lo alto sino fundamentalmente cuando se toma en forma separada de la sociedad, de sus articulaciones y de sus problemas reales.

De hecho, la decisión política es todavía concebida como el quehacer sacerdotal de una casta que por razones de formación histórica y cultural, o porque detenta un supuesto privilegio ideológico, se crea capaz de resolver los problemas sociales desde afuera, sin conocer sus componentes técnicos específicos y sin la participación de los protagonistas. Este es el límite general de cualquier forma de política al que también está sujeta la democracia. Es más, pienso que ese límite la corroe más fácilmente porque la competencia democrática introduce en la vida política el elemento de la diferenciación de los ideales. Este puede convertirse en una especie de prejuicio y concentrar el interés de los partidos, terminando por excluir el análisis del contenido de los problemas. Este es el motivo fundamental del desapego a la política: la gran masa no aprecia la sutileza de las argumentaciones políticas cuando considera que esas argumentaciones detienen la solución de sus problemas cotidianos.

Esto no significa que se trate de sustituir con el conocimiento técnico,

sectorial y específico de los problemas concretos las decisiones políticas, porque sería cometer otro error de unilateralidad. Se cumpliría un error igual, aunque de signo diferente, al que cumple el mal político cuando hace derivar su decisión de una tabla abstracta de valores de partido.

En la democracia política los problemas de una “sobrecarga” de las reivindicaciones sociales pueden ser resueltos si los protagonistas se sienten verdaderamente involucrados y si la sociedad se siente depositaria de una responsabilidad política general. Igualmente, la política puede reconquistar el interés social si logra incluir en su síntesis los elementos fundamentales de la sociedad y si, por otra parte, el movimiento de los trabajadores, al recalcar los problemas sectoriales y específicos, no pierde de vista la necesidad de llegar a una visión general unitaria y no corporativa de la vida social. Subrayo esta idea porque es muy cierto que los partidos, incluso los de izquierda, casi siempre han tardado en comprender los movimientos que primero mencionabas: feministas, juveniles, de reivindicación nacional, religiosos y por los derechos civiles; pero también es cierto que estos movimientos han desarrollado sus propias reivindicaciones en una forma que podemos definir como sectorial-corporativa, con el resultado de que han alcanzado algunas metas pero se han autodestruido. Aunque no se hayan disuelto y hayan plantado, digámoslo así, raíces culturales, casi siempre son raíces débiles o francamente peligrosas.

Doy ejemplos. Consideremos el movimiento estudiantil del 68. Sus objetivos políticos eran tan justos que después, en gran medida, han sido recogidos por los partidos y se han hecho grandes reformas. Y aunque no se hayan hecho reformas, muchos de los principios políticos, de todas maneras, ya forman parte de la vida cotidiana. Gracias a la ruptura determinada por los movimientos juveniles de 1968, ya no encontramos en la vida universitaria distancia y contraposición entre cultura y política o entre profesores y estudiantes.

Estaban equivocados los partidos políticos —también los de izquierda— al retrasar la toma de conciencia de los problemas planteados por los movimientos juveniles. Sin embargo, agreguemos inmediatamente que los movimientos estudiantiles han desaparecido porque no lograron convertirse en un movimiento de reorganización general de la sociedad. Por ejemplo, los grupos políticos que surgen en el 68, tanto en Italia como en Francia, aunque también en otros lugares, han degenerado, algunas veces hasta llegar al terrorismo, o bien no han crecido; fueron afectados por lo que puede llamarse *enanismo político*, mientras que los partidos “históricos” continúan existiendo.

¿Qué podemos concluir? En el nivel político estos movimientos fueron positivos, pero en el nivel histórico y cultural no han producido nada, y no podían producir nada porque en el nivel histórico y cultural sólo una acumulación de historia y de cultura puede ser productiva. Y esto se obtiene cuando se logra comprometer en forma estable a las grandes masas. No se puede pretender cambiar la historia y la cultura con pequeñas sec-

tas enfermas de miopía política. Se necesitan grandes organismos capaces no sólo de ver sino también de prever.

El mundo moderno demanda organismos que dirijan las grandes masas. Se trata de una necesidad objetiva y no de una invención de las centrales políticas o de los *mass media*; es una vana pretensión querer destruirlos. Renacerán bajo otras formas, con signo diferente: la destrucción de los grandes partidos populares ha implicado siempre —permítaseme el juego de palabras— el renacimiento de los grandes partidos impopulares. En Italia, sobre los despojos del movimiento socialista nació el partido fascista, que se convertiría en un gran partido de masas y, sin embargo, anti-popular.

La productividad cultural de los movimientos estudiantiles del 68 ha sido negativa. Basta pensar en las teorizaciones sobre la inexistencia de la ciencia, sobre la contraposición entre ciencia burguesa y ciencia proletaria, como si las nociones de burguesía y proletariado no debieran ser ellas mismas sometidas a análisis científico. Para estos movimientos el ideal era el de la Revolución Cultural China, que hoy los mismos chinos condenan y consideran como un cataclismo para su propia cultura. Las noticias que llegan son alucinantes, y no lo digo porque apruebe el tipo de proceso judicial que se ha realizado en Pekín. Al contrario, él mismo es quizás una herencia de aquel viejo modo de concebir la vida política como abstracta dialéctica de delitos y milagros. En un artículo que el escritor italiano Alberto Arbasino escribió al regresar de China, leí que durante diez años, 800 millones de chinos pudieron ver en sus teatros sólo siete tipos de espectáculos, porque solamente éstos habían sido admitidos por los grandes sensores de Estado. Algún chino con justicia ha hablado de retorno al feudalismo y al control de las conciencias, instaurado por un emperador o por una pequeña corte.

Algo similar se puede decir del movimiento feminista, cuyas reivindicaciones son sacrosantas en el nivel político y fundamentalmente han penetrado en la conciencia de las grandes masas. Sin embargo, en el nivel cultural, ¿de qué teorizaciones se puede hablar? ¿De la idea de que hay una literatura o una filosofía masculinas y una literatura o una filosofía femeninas? Antes de leer la *Crítica a la razón pura*, ¿habrá que preguntarse quién la ha escrito, si un hombre o una mujer? Obviamente, éste no puede ser un criterio serio de evaluación de los problemas intelectuales y es, más bien, una deformación grave, una auténtica perversión intelectual. Reaccionando a situaciones políticas negativas, se cumple un error de totalización arbitraria cuando se asumen como teóricas, posiciones que tienen una función exclusivamente política.

El verdadero problema de los partidos políticos es, por una parte, entender las razones de los movimientos que fermentan en la sociedad, interpretarlos continuamente y no sobreponer sus proyecciones a los análisis y a la participación directa de los protagonistas sociales y humanos. Por otro lado, es necesario que aumente el nivel de cultura general tanto de la sociedad como de los movimientos. Es necesario pedir a los partidos polí-

tics mayor responsabilidad frente a la sociedad, pero también exigir a los movimientos mayor responsabilidad general. La cuestión, sin embargo, no se resuelve con sólo demandar: se trata de empeñarnos todos en una gran obra de crecimiento cultural de la masa emergente de nuevos sujetos sociales. Hay que convencerse de que la política moderna tiene una necesidad urgente de cultura y de ciencia, tanto en los partidos como en la sociedad. El error de la política es justamente el de politizarlo todo, ignorando que el mundo puede cambiarse sólo si se lo conoce.

Quisiera concluir con un llamado, no a la moderación política, que no me interesa —si el mundo pudiera caminar más de prisa hacia metas de mayor progreso yo sería feliz—, sino a la reflexión intelectual que debe sostener cada vez más tanto a la política como a la sociedad.

La democracia moderna tiene algo nuevo que pedirle a sí misma. No puede ser concebida solamente como la difusión de nuevos derechos sino también como la difusión de nuevas responsabilidades, de nuevos deberes. Quienes entran por primera vez en el foro de los derechos deben asumir la responsabilidad de lo que hacen, no pueden invocar las condiciones sociales sólo para pedir. Deben darse cuenta de que el ejercicio de sus propios derechos influye profundamente sobre las condiciones sociales. Si no somos todos responsables por igual podremos perder lo que ya ha sido ganado.

La relación individuo-sociedad no es unilateral. El individuo no puede “escondarse” detrás de la sociedad. También el individuo debe responder a la sociedad.

III. Obviamente las consecuencias serían desastrosas, no sólo para el movimiento obrero sino para la humanidad entera. Y esto se ha dicho tanto a los que guían los países socialistas como a los responsables de las democracias occidentales. No podemos jugar en el borde del abismo y descargar sobre el movimiento obrero, o sobre este o aquel partido, la responsabilidad del desencadenamiento de una eventual tercera guerra mundial y de la destrucción del planeta.

Hemos empezado considerando que también la democracia está en peligro, por lo tanto, no podemos estar tranquilos ni engañarnos diciendo que aquí hay democracia política y allá no; por consiguiente, todo el mal está allá. Hemos visto que en Italia la democracia se ha salvado con un esfuerzo general muy grande y muy complejo y con el aporte fundamental del movimiento obrero.

Por otro lado, los países socialistas no deben creerse una parte privilegiada del mundo sólo porque han cambiado algunos aspectos de la sociedad. Sus dificultades económicas son grandes y no menos grandes son los problemas de una adecuación de las instituciones políticas a los cambios sociales realizados. No basta que el fascismo y el capitalismo sean expulsados del escenario de la vida política para que se eviten desastres políticos,

y no es un consuelo para tantos que han acabado en la cárcel saber que quien los condenó no era un juez fascista sino un juez comunista.

Señalemos que, cuando hablamos de la democracia política a los países socialistas, no estamos ilustrando la calidad de una mercancía para imponerla en su mercado político; más bien nos preguntamos si no nos hemos equivocado al pensar que se puede vivir sin ese importante producto del mundo moderno. Porque los desastres con que se han encontrado estos países son demasiado graves y es probable que la democracia política sea el único modo de evitarlos.

Naturalmente detrás de semejante afirmación hay un problema teórico complejo: si la democracia política puede o no convivir con el socialismo. Yo estoy profundamente convencido de que sí. Por desgracia, existe una vieja tradición, residuo de una cultura socialista atrasada, que rechaza la democracia política porque es un producto del mundo burgués, sustituyéndola con una gestión autoritaria del Estado, como si el Estado policiaco no fuera también un producto del mundo burgués. Sin embargo, debo agregar que veo con placer que en la Unión Soviética los estudios jurídicos, por ejemplo, estén haciendo progresos importantes y que la instancia de la legalidad ya no es tan equívoca o ambigua. Al menos en el nivel de los estudios, se advierte un empeño serio y riguroso por recuperar todos los elementos teóricos e institucionales del principio de la legalidad.

Queda por preguntarse si el principio de la legalidad no ha sido generado por el mundo burgués moderno. Respondo diciendo que Marx tenía en alta estima a Smith y a Ricardo y que por cierto no rechazó la lectura de Hegel porque éste fuera burgués. La cultura es una sola y una sola es la ciencia.

La democracia política es un tema que se vuelve a proponer año tras año, en Potsdam, Berlín, Budapest, Praga, Varsovia, y ello no depende de la presión de Occidente. Depende de que estas sociedades han crecido —justamente como resultado del socialismo— y lo que parecía insignificante hace treinta años hoy es esencial: el método riguroso de la libertad y de la democracia política. Esto no significa, naturalmente, que aquellos países deban copiar los sistemas políticos occidentales sino que deben garantizar los derechos civiles de los individuos y las libertades políticas de los organismos con métodos y formas decididos libremente.

El tema se introduce no porque lo haya inventado el Occidente sino porque es el fruto del mismo socialismo. Esta es una prueba más de que democracia política y socialismo se encuentran orgánicamente ligados. Es así que, en Occidente, la supervivencia de la democracia política podrá ser garantizada, contra el fascismo y también contra la apatía, sólo con una transformación del sistema social. El hecho de que el presidente de Estados Unidos sea elegido por menos del 60% de quienes tienen derecho al voto es también un límite para la democracia, y en la era atómica llega a constituir un peligro. Supongo que la mitad del pueblo estadounidense no vota

porque no tiene confianza en el mecanismo político. También esto amenaza la democracia.

Por otra parte, los sistemas socialistas que ya tienen treinta, cuarenta, sesenta años, son responsables del progreso general de sus pueblos y están expuestos igualmente a la presión de la época. Quizás asistiremos a transformaciones profundas, aun subversivas, pero que no significarán necesariamente el retorno a los mecanismos sociales y políticos del Occidente. Resulta errado pensar que las modificaciones del sistema político puedan o deban desquiciar las transformaciones socialistas de la economía.

Debemos analizar la historia de los países socialistas con gran atención y separar el análisis político del científico. Hay que decir que en el nivel científico estos países han sido muy poco estudiados. En ellos se ha verificado un crecimiento cultural imponente en los últimos decenios y quizás sea ésta una de las motivaciones de la crisis que atraviesan. Tengo aquí conmigo el último número llegado a Occidente de la principal revista de filosofía soviética: el número 11 de *Voprosy Filosofii*, de noviembre de 1980. Leo que el tiraje de esta revista es de 32 mil copias. En un país en el que se leen 32 mil copias de una revista de este género es imposible que no se afirmen los principios de la libertad política, del respeto a los derechos humanos y civiles de la democracia moderna. Con el correr del tiempo serán desmentidos quienes piensan lo contrario. Necesitamos disponer de una imagen más realista de los países socialistas, rechazando visiones unilaterales que son solamente el fruto de la competencia política, algunas veces de aberraciones políticas: apología o denigración.

ROSSANA ROSSANDA *

I. Es mi convicción que, a pesar de los retrasos en algunos países o de las intervenciones imperialistas, el gran impulso democrático característico de nuestro siglo ha cambiado profundamente la naturaleza clásica de la democracia. En la democracia clásica, tal como nace en Europa —después de Cromwell o después de la Revolución francesa— el poder estaba balanceado y dosificado entre mayoría y oposición, pero siempre limitado a una esfera muy restringida de la población. Hemos tenido por muchísimo tiempo sistemas democráticos que, sin embargo, no incluían el sufra-

* Militante del Partido Comunista Italiano a partir del final de la Resistencia, formó parte del Comité Central desde 1959 hasta 1969 cuando, junto a Lucio Magri, funda la revista *Il Manifesto*, que señaló la primera ruptura significativa a la izquierda del PCI. En el mismo año de 1969 fue cancelada su inscripción al partido. Actualmente dirige, junto con Luigi Pintor, el diario *Il Manifesto*, donde escribe con regularidad. Entre sus publicaciones están: *El año de los estudiantes* (1968) y *Las otras* (conversaciones en Radio Tres sobre la relación entre las mujeres y la política) (1979).

gio universal, al menos para las mujeres o para personas que no contaban con un cierto nivel de ingreso. La democracia estadounidense tuvo por mucho tiempo el esclavismo, dio tardíamente el voto a las mujeres, etcétera. ¿Qué ha sucedido? Con el crecimiento impetuoso de los movimientos de masa y también con la experiencia de los socialismos reales y, aún más, con una mutación antropológica muy importante verificada después de los años cincuenta (un extraordinario aumento de la aculturación a escala mundial), hemos visto cambiar a las masas, que ya no se contentan con la democracia clásica. Tienen necesidad de una participación y de un control muy diferente. De alguna manera, la misma democracia y el movimiento obrero les han enseñado que pueden querer más; saben más y por lo tanto confían menos. Creo que en el transcurso del decenio de los años sesenta, al menos en Italia, aunque también en todos los grandes países de Europa, la democracia llegó a su límite, es decir, a un momento en el que debía realizar la verdad de lo que es su nombre: poder del pueblo, sin haber sido jamás poder del pueblo. Para que éste exista es preciso abolir las causas de la desigualdad social sobre las que se fundan los poderes.

La demanda de una verdadera democracia implica abatir los poderes del dinero, los privilegios de nacimiento y cualquier tipo de legislación que, bajo ropajes democráticos, en realidad impide que todo el pueblo gobierne. Así, la democracia ha llegado a desembocar en el tema de la revolución social o, si no queremos decir revolución, en el de un profundo cambio social. Esta fue la temática principal de los años sesenta y setenta.

La profunda desilusión provocada por la incapacidad de las formas democráticas de la izquierda para realizar un cambio real de la participación y la incapacidad de los viejos partidos y de los viejos gobiernos para profundizar la democracia, han provocado un doble fenómeno. En Italia, España y Francia este fenómeno se expresa, por un parte, en la escasa confianza hacia las formas políticas y en la rigidización y burocratización de los partidos; por otra, en el reflujo hacia "lo privado", como retiro tranquilo o suicida u homicida en las formas de la droga y la criminalidad, hasta llegar al terrorismo, con las características que este último tiene en Europa, sin ninguna relación con las luchas de liberación nacional de América Latina, por ejemplo.

En resumen, la democracia no se ha convertido en utopía. Llegó a un punto donde debía mantener lo que su nombre prometía y para mantenerlo tenía que romper los límites del sistema histórico de producción en que nacieron los gobiernos "democráticos". Y en esta imposibilidad se creó un hiato, un vacío, una crisis.

L.A.: Para conseguir este avance de la democracia es ineludible el objetivo de la democracia social.

Es ineludible abatir las raíces sociales de la desigualdad. Para realizar el poder de todos la democracia debe liquidar las raíces de la desigualdad no sólo desde el punto de vista jurídico sino también desde el punto de vista social. Por lo tanto, aquí se llega a los umbrales de una revolución social. Yo no querría hablar ahora de revolución en términos de toma del poder sino de una transformación que contenga el significado aludido.

II. La pregunta se refiere sobre todo a los partidos de izquierda, porque es claro que los partidos conservadores no se plantean estos problemas. Ahora bien, los partidos de izquierda, inclusive los comunistas, se encuentran en una situación paradójica, ya que —llamándose comunistas o socialistas, es decir, partidos de la revolución social— en realidad, históricamente, de 1917 en adelante han desarrollado la tarea de consumir la revolución democrático-burguesa, la destrucción de los residuos feudales, preburgueses y precapitalistas que persistían en muchísimos países durante el período entre las dos guerras. Esta, que fue concebida solamente como la primera fase de su lucha, parece haberse convertido en el único ámbito en que estos partidos saben verdaderamente expresarse y defenderse, revelando así su formación vieja, antigua, anacrónica. Es lo que señalaba Althusser, cuando observaba hace dos años que los partidos políticos europeos se han formado en el molde de los partidos decimonónicos y, por lo tanto, en su conjunto, corresponden a aquella estructura decididamente elitista de la cual hablamos en la primera respuesta. Así, todavía no ha surgido un partido capaz de afrontar los problemas de una revolución social avanzada y no ya los de una revolución por la independencia nacional, que pertenecen a la etapa democrático burguesa. Este partido, aún por nacer, no corresponde a las formas de los partidos comunistas europeos; en Asia, por ejemplo, el proceso ha sido diferente.

Por otra parte, quisiera agregar que no comparto la tesis que atribuye la insuficiencia de los partidos a su burocratismo y a su conservadurismo. Diría que ambos nacen de la insuficiencia histórica que estos partidos padecen. No es que se conviertan en burocráticos porque piensan solamente en sus problemas; es que su cultura y su estructura no les permiten recoger las transformaciones profundas de la sociedad, a las que ellos mismos han contribuido. Dichas transformaciones —que, por otro lado, tienen origen diferente— arraigan y se manifiestan porque ya tienen la fuerza, la cultura y la capacidad de expresarse en movimientos distintos. Algunos de estos movimientos —pienso en la ecología y en ciertas reivindicaciones obreras— podrán ser recuperados, absorbidos por los partidos políticos de izquierda —socialistas y comunistas— si éstos fueran capaces de enfrentar una temática de transformación social de fondo.

Las reivindicaciones obreras, por ejemplo, tocan el límite de la compatibilidad con el sistema capitalista; por lo tanto, un partido que de verdad fuese capaz de poner en el orden del día el problema de la revolución social, las podría absorber. Pienso que también la ecología, en gran parte, está ligada al desarrollo de la industria capitalista, digamos, de muerte, venenosa, de destrucción de la naturaleza. Por lo tanto, una lucha anticapitalista coherente, una lucha contra el poder capitalista, tendría que incluir al movimiento ecológico. Si los partidos comunistas y socialistas no saben convencer a los ecólogos o a los obreros más avanzados, es porque no se plantean estos problemas de transformación.

Menciono aparte la cuestión de las mujeres y, en general, la de los jóvenes y de la familia, porque éstas son contradicciones mucho más profundas que no nacen sólo del capitalismo. Ciertamente, el capitalismo las exaspera y las vuelve más explosivas, porque ponen en tela de juicio toda la cultura política y, por lo tanto, también las formas de la política, también los partidos; enjuician una cultura que refleja el dominio masculino sobre la sociedad, una cultura hecha a la medida de los hombres. En Italia hay muchas mujeres que se ocupan de política, pero que en determinado momento deben interrumpir la reunión para ir a comprar la leche, problemas que el hombre no se plantea jamás. Por otro lado está el problema de que en la política el hombre se realiza plenamente, mientras la mujer tiene la fuerte sensación de que si se dedica totalmente a la política queda sacrificada una parte de ella: la afectividad, los hijos. Así, paga un precio muy alto en el plano afectivo. Pero hay algo más profundo aún y es que la política —la occidental por lo menos—, está basada en una forma de razonamiento por grupos de interés muy generalizado y abstracto y que la mujer, por sus costumbres, está habituada a relaciones muy personales y concretas, a relaciones muy directas con personas a quienes da un nombre, un apellido, un rostro. La despersonalización propia de los partidos se atenúa solamente en el culto al jefe, pero a la mujer el culto al jefe la convence menos aún, porque representa la expresión máxima del culto patriarcal.

Esta crítica que las feministas han llevado a la política atañe no sólo a los contenidos de los partidos, como la de los ecólogos o de los obreros, sino al mismo modo de dar de los partidos políticos. Y aquí nos encontramos frente a una doble contradicción. Por una parte, los partidos políticos no han entendido la reivindicación feminista; se han cerrado, o bien, le han concedido un reconocimiento meramente formal. Hoy, en Italia, no hay reunión que no comience con “compañeras y compañeros” y también se intenta dar más espacio a las mujeres. Sin embargo, no conozco ningún partido que no se haya planteado el problema de fondo: que la política ha expresado siempre la experiencia sexual masculina. No conozco ningún partido que se haya examinado a sí mismo como una organización masculina; tampoco las instituciones, el Parlamento, el Estado, etcétera.

Por otra parte, y éste es el problema más serio, los movimientos muy difícilmente disponen de las pocas virtudes de los partidos: durar, encon-

trar nuevas formas de organización igualitarias en vez de jerárquicas, tener paciencia para entender las mediaciones y no encerrarse en un gueto, así como disposición a elaborar propuestas generales. Entender, por ejemplo, que las mujeres deben hacer proposiciones válidas también para los hombres. Por el contrario, ¿qué ha sucedido hasta ahora? Las mujeres, rechazadas por el mundo político, han tendido a retirarse, a decir: volvamos al examen de nosotras mismas, de la que ha sido nuestra historia. Esto las lleva a apartarse, actitud muy peligrosa tanto para los partidos como para los movimientos. Así, los partidos se empobrecen porque pierden nexos sociales profundos y los movimientos se aíslan.

III. Antes que nada, encuentro muy vaga esa declaración del Partido Comunista Italiano según la cual la democracia política es la más alta forma de Estado, porque quisiera saber si por democracia política se entiende un sistema democrático burgués o bien un sistema formado a través de una participación de las masas que hoy, en el marco del sistema democrático burgués, no existe. Participación de las masas quiere decir una nueva relación entre Estado y ciudadano, entre Estado y Parlamento, entre Parlamento y asambleas locales y, sobre todo, entre instalaciones y movimientos. Y esta nueva relación implica necesariamente que las instituciones y los movimientos cambien. Solamente en el sentido de la participación al que he aludido, la democracia política es la más alta forma de Estado. Sería un poco difícil decir que la democracia estadounidense, actualmente dirigida por el señor Ronald Reagan, es la más alta forma de Estado.

Esta afirmación del Partido Comunista Italiano quería ser más que una argumentación teórica sobre algún tipo de democracia, una primera forma de crítica a la incapacidad de los regímenes de los países del Este para abrirse a formas de democracia y tolerancia política. El Partido Comunista Italiano —como todos los partidos occidentales— ha pensado por mucho tiempo que si en aquellos países no había democracia política —porque verdaderamente no la hay—, se debía al hecho de que la Unión Soviética era una fortaleza sitiada, era el primer país socialista. También se debía a que allí habían un gran retraso económico y a que la democracia era una especie de lujo que debía venir después de que se hubieran consolidado la seguridad y un mínimo de supervivencia económica. ¿Cuándo se plantea el problema? Cuando, después del 56, la Unión Soviética es una gran potencia, nadie la amenaza, produce impacto tecnológico y económico notables —aunque luego su incapacidad de gestión la pone en dificultades— y, sin embargo, no sólo la democracia política no crece sino que disminuye. El verdadero problema, entonces, es por qué estos países no logran alcanzar ciertas libertades. Hay algunos partidos comunistas, como el portugués o el francés, que ni siquiera se plantean estos temas; o el cubano, donde el problema es más extraño, ya que la Revolución Cubana nace con un fuerte sentido de la libertad que luego ha perdido

por el camino. Pero el problema es siempre la incapacidad de estos países para democratizarse. Por ejemplo, ¿por qué la Unión Soviética impidió a Checoslovaquia elaborar una nueva vía dirigida, por lo demás, por un partido comunista cuya intención no era, por cierto, entregarse al Occidente? ¿Por qué ahora hace todo lo posible por destruir al sindicato Solidaridad, que no quiere ser un partido y que busca establecer el diálogo con el partido de gobierno? La democracia burguesa demuestra que los sindicatos no pretenden el poder. Entonces, ¿dónde reside el verdadero origen de esta incapacidad?

El límite profundo —aun en los partidos más valientes, como el Partido Comunista Italiano— está en seguir considerando esa incapacidad como un retraso y no preguntarse si la imposibilidad de la democracia en estos países no residirá acaso en el sistema político en su conjunto y en el sistema productivo, el cual es una forma de capitalismo de Estado, dirigido por la que puede llamarse —si somos un poco maliciosos— una nueva burguesía de gestión, es decir los cuadros del partido. La verdad es que, bajo este aspecto, la Unión Soviética ha realizado una serie de evoluciones capitalistas, pasando del feudalismo al capitalismo, bajo formas estatales dirigidas por un partido único que representa una forma de capitalismo específico, en el que hay alienación y explotación y también una forma de burguesía específica, gestonaria. Hoy esta burguesía tiende a establecerse inclusive como clase social, en el sentido de que el hijo del gestor difícilmente sea obrero. Los partidos comunistas no tienen el valor de llegar a este análisis y menos aún al que lleva a observar que los países socialistas comienzan a presentar formas peligrosas de expansión, también de tipo nuevo, porque no son iguales al imperialismo estadounidense.

No hay duda de que la intervención soviética en África se inscribe dentro de un diseño de imposición, como sucedió con Cuba. Cuba tenía necesidad de ayuda porque estaba aislada por el bloqueo estadounidense, pero los soviéticos no fueron capaces de ofrecer a Cuba un apoyo que garantizara las cualidades propias de la Revolución Cubana. Los soviéticos, o no ayudan, o, si lo hacen, imponen su modelo y es necesario inclinar la cabeza. Esta es una forma de imperialismo cultural y político que, a la larga, no da resultados porque impide el desarrollo de los recursos humanos, políticos y culturales de países como Cuba. Cuba es un país que no funciona porque el cubano no nació soviético y bajo la represión, bajo la burocracia autoritaria, los resultados son catastróficos.

Estados Unidos tiene dos tipos de imperialismo: uno de rapiña, que ejerce en los estados latinoamericanos y otro de desarrollo, que utilizó en la Europa de posguerra. La Unión Soviética no es capaz de un verdadero imperialismo de rapiña, pero tampoco de un verdadero imperialismo de desarrollo; adonde llega sofoca las posibilidades de crecimiento de un país. Después, trata de suplir las deficiencias con intervenciones militares, manda a sus hombres, o bien a esa especie de destacamento especial que son los cubanos.

Usted me preguntó sobre la firme condena del Partido Comunista Italiano a este tipo de acciones. Pienso que es una condena que no logra llegar al fondo de los orígenes históricos y termina por ser un altercado y no una verdadera contribución política. Algunas veces el Partido Comunista Italiano parece enfrentarse duramente con la Unión Soviética, pero por pequeñas cosas. Si se debe romper o tomar distancias, que se intente al menos un análisis más profundo. Usted preguntaba también cuáles son mis previsiones. Pienso que el eurocomunismo ya no existe, que no hay unidad internacional en el movimiento comunista, que la Unión Soviética se desarrolla cada día más como una de las grandes potencias mundiales y su fachada comunista sirve solamente para intervenir con despecho y rabia frente al Partido Comunista Italiano, por ejemplo, porque éste ha mostrado simpatías hacia el sindicato polaco. Sin embargo, el Partido Comunista Italiano no tiene la fuerza suficiente como para decir "yo tomo partido por el sindicato polaco, tomo partido por la fracción del Poup que está a favor del diálogo". El Partido Comunista Italiano no tiene el valor de hacer esto. Los resultados son que enfría cada vez más sus relaciones con la Unión Soviética, pero no logra establecer un punto de verdadero contacto con Solidaridad y con los grupos disidentes de países como Polonia. Tal cosa no ayuda a la disidencia de estos países, para la cual sería muy importante contar con puntos de referencia en Europa. La timidez de los comunistas italianos le hace perder en los dos frentes. No cuenta ni con la confianza de Walesa ni con la confianza del Poup. A veces la prudencia es una forma de gran imprudencia. El Partido Comunista Italiano es más prudente que valeroso. Pienso que Togliatti, hacia el final de su vida, se dio cuenta de que el drama de la Internacional Comunista comenzaba a delinearse; se dio cuenta de que la Internacional había desempeñado un gran papel histórico que llegaba a su fin y que, por lo tanto, era necesario modificar la actitud. Después de la muerte de Togliatti el Partido Comunista Italiano no ha podido ir más adelante.

En síntesis, pienso que existe el material para un proyecto de cambio real, pero estos son también tiempos de crisis para la izquierda histórica y tiempos de deterioro para el "socialismo real". Porque yo deseo vivamente que se logre un acuerdo en Polonia, que Polonia encuentre un equilibrio, pero si este equilibrio no se encuentra, si hay una guerra civil, si hay una intervención soviética, si Reagan invade Cuba, si los rusos toman Berlín... Todo esto puede suceder. En los años sesenta nosotros vivimos fuera de este peligro; hoy el peligro de conflictos que no se sabe dónde se detendrán, reaparece. Reaparece en América Latina y en Europa. Me preocupa profundamente pensar que estos movimientos nuevos no tengan tiempo de afirmarse. Son como pequeñas plantas que necesitan tiempo para crecer. Me preocupa pensar que una especie de diluvio, de temporal, pueda atropellarnos. Nosotros hemos vivido veinte años sin el temor de la guerra. Hoy, no digo que la guerra sea inevitable, pero está más cerca que hace diez años.

Tampoco veo en Europa una izquierda capaz de cambiar rápidamente

como para convertirse en un punto de referencia independiente de los soviéticos y de los estadounidenses; en una interlocutora de la crisis del Este y también de la parte estadounidense que no quiere saber nada de ese presidente horrible; en una interlocutora de Nicaragua, de Solidaridad.

Si Europa, si la izquierda europea hubiera sido capaz de algo semejante, la historia habría caminado de manera distinta. Pero la izquierda europea es plana, es floja; y es plana y es floja porque en Europa hemos vivido, al fin de cuentas, bastante bien. Es mi convicción que la política, las ideas, nacen bajo el impulso de la necesidad. En Europa la izquierda ha estado demasiado bien, alejada de las cosas más atroces del mundo y, por lo tanto, ha criticado a los demás, pero se ha vuelto perezosa, pobre de ideas: no me gusta para nada.

L.A.: Ahora, quizás, existe la terrible posibilidad de que la comodidad esté por terminar...

Sí, quizás la comodidad esté por terminar y entonces las ideas comenzarán a caminar. Pero es un precio demasiado alto. Yo, verdaderamente, no querría pagarlo: ya viví una guerra y me basta.

NORBERTO BOBBIO *

I. No creo que se pueda extender una pregunta de este tipo a todos los países porque la participación política es muy diferente en Italia que en Estados Unidos por ejemplo. Puede constatarse que en los países de más larga tradición democrática hay una mayor apatía política que en otros como Italia, cuya tradición democrática es reciente, pues habiendo sido interrumpida por el fascismo no cuenta con más de treinta años.

Se trata de explicar por qué en países como Italia, en donde la democracia está igualmente en crisis, la participación política es todavía muy alta aun cuando esté disminuyendo. No sabemos si se trata de una tendencia incontenible ni hasta dónde pueda llegar pero, sin hacer previsio-

* Ha enseñado en las universidades italianas por más de cuarenta años (en la de Turín a partir de 1948). Se ocupa de filosofía del derecho y de filosofía política así como de historia del pensamiento político. En los últimos veinte años ha publicado, entre otras obras: *Política y cultura* (1955), *Locke y el derecho natural* (1963), *Italia civil* (1964), *Derecho natural y positivismo jurídico* (1965), *De Hobbes a Marx* (1965), *Ensayos sobre la ciencia política en Italia* (1969), *Una filosofía militante* (1971), *Pareto y el sistema social* (1973), *¿Cuál socialismo?* (1976), *El problema de la guerra y los caminos de la paz* (1979) y *Estudios hegelianos* (1981).

nes sino limitándonos a dar un juicio sobre la situación actual, comprobamos que en Italia la participación política es todavía muy alta.

Ahora bien, nos debemos preguntar por qué la participación en Italia es más alta que en Estados Unidos. Considero que depende sobre todo de la intensidad del conflicto: cuanto más conflictiva es una situación tanto más participa la gente en la lucha política. En países como Estados Unidos, donde existen solamente dos grandes partidos que no representan muchas diferencias entre sí, la gente se encuentra menos animada, menos motivada a participar. En Italia, por el contrario, el conflicto entre partidos es muy intenso y estimula la participación en la vida política. Pienso que existe una verdadera relación directa entre intensidad del conflicto e intensidad de la participación.

Sin embargo, esto no quiere decir que no haya una crisis de la democracia también en Italia, pero me parece que depende de otras razones. Su pregunta hace pensar que usted considera como un síntoma de crisis de la democracia la ausencia de participación. Me pregunto si eso es cierto. Porque se podría sostener que la ausencia de participación no es una manifestación de crisis de la democracia sino más bien el signo de buena salud de un sistema político cuyos mecanismos funcionan regularmente, tanto que la mayor parte de la gente no tiene interés en cambiarlo y permanece, por lo tanto, extraña al juego político, satisfecha de la situación tal como es. La apatía política, ¿es signo de hostilidad al sistema o, por el contrario, de aceptación? Se podría decir que es signo de aceptación o, por lo menos, de indiferencia, no de hostilidad, porque quien es verdaderamente hostil debe, en rigor, intensificar la propia participación formando una gran oposición.

Hoy, en general, la crisis de la democracia se identifica con la "crisis de la gobernabilidad", sobre todo después del famoso informe de la Comisión Trilateral que ha provocado tantas discusiones y que también en Italia ha alimentado un debate apasionado. ¿Qué significa que la democracia es cada día más ingobernable? Significa que en una sociedad democrática, en una sociedad libre, donde existen partidos, asociaciones, movimientos, donde hay libertad de prensa, de opinión, de reunión, de asociación, etcétera, la sociedad civil elabora demandas que el sistema político no puede satisfacer. Se da una desproporción entre el número de las demandas y la capacidad del sistema político para dar una respuesta adecuada. Con una palabra, ahora muy usada, se dice que el sistema está *sobrecargado*.

Otra razón de la crisis de la gobernabilidad de los sistemas democráticos es que en estos regímenes, por razones obvias, los conflictos sociales son mayores que en los autoritarios. Ya que una de las tareas de todo gobierno es dirimir los conflictos que pueden hacer precipitar una sociedad en el desorden permanente, es evidente que cuanto más aumentan los conflictos mayores son las dificultades para resolverlos. Un sistema autoritario logra dominar los conflictos sociales mejor que un sistema democrático no por saber resolverlos adecuadamente, sino por no dejarlos

surgir. En un sistema en el cual no hay partidos que transmitan demandas, o hay un partido solo, no hay sindicatos, no hay libertad de prensa, etcétera, quienes detentan el poder político se plantean solamente las demandas que están en condiciones de resolver. Pensemos en el asociacionismo libre de los países democráticos: cada asociación plantea demandas al sistema político. Pensemos en los nuevos movimientos que se forman en una sociedad libre: cada movimiento es un manantial de nuevas demandas.

En fin, en los regímenes democráticos el poder está más distribuido que en los autoritarios. Una de las características de una sociedad democrática es la de ser policéntrica. El poder, en una sociedad democrática, además de estar más distribuido está también más fraccionado. La fragmentación del poder y la competencia entre poderes distintos obstaculiza la formación de decisiones unitarias que son necesarias para el buen funcionamiento del sistema político. Me parece que no es difícil darse cuenta de que gobernar presenta más dificultades cuando aparece un conflicto permanente entre los poderes que tienen como tarea, precisamente, dirimir los conflictos. En síntesis, se puede decir que mientras en los sistemas democráticos la formación de las demandas es más fácil y la toma de decisiones que incumben a toda la sociedad más difícil, en los regímenes autoritarios sucede todo lo contrario. En Italia esta situación es todavía más grave dado el gran número de sindicatos y de partidos. Quien siga la situación política de nuestro país podrá darse cuenta de que muchas decisiones no pueden ser tomadas por el desacuerdo entre los mismos partidos que forman la coalición de gobierno. La consecuencia de este desacuerdo (entre quienes deberían resolver los desacuerdos) es que muchas decisiones importantes no se toman o son continuamente aplazadas. Y así los conflictos de hoy se suman a los de ayer.

Quiero bosquejar ahora otro problema que atañe muy de cerca al tema de la crisis de las democracias modernas. No es algo nuevo; ya grandes escritores políticos del pasado se han ocupado de él. Me refiero al problema del *poder invisible*, argumento vasto y no muy explorado. Uno de los lugares comunes de todos los viejos y nuevos planteos sobre la democracia consiste en afirmar que ésta es el gobierno del *poder visible*. Una frase que, con pocas variantes, podemos leer todos los días indica como perteneciente a la "naturaleza de la democracia" el hecho de que "nada pueda permanecer confinado en el espacio del misterio". Que todas las decisiones y, más en general, todos los actos de los gobernantes deban ser conocidos por el pueblo soberano, ha sido considerado siempre uno de los ejes del régimen democrático, definido como el gobierno del pueblo o controlado por el pueblo. Aun cuando el ideal de la democracia directa se abandona por anacrónico y con el nacimiento del gran Estado territorial moderno es sustituido por el ideal de la democracia representativa, el carácter público del poder, entendido como no secreto, como abierto al "público", permanece como uno de los criterios fundamentales para distinguir el Estado constitucional del Estado absoluto. Quien más que

ningún otro ha contribuido a esclarecer el nexo entre opinión pública y publicidad del poder ha sido Kant, considerado con todo derecho como el punto de partida de cada planteo sobre la necesidad de la visibilidad del poder; una necesidad que es para Kant no sólo política sino también moral. Así, el criterio de la publicidad para distinguir lo justo de lo injusto, lo lícito de lo ilícito, no vale para quien, como para el tirano, lo público y lo privado coinciden, en cuanto los asuntos del Estado son los asuntos del tirano y viceversa. La importancia dada a la publicidad del poder es un aspecto de la polémica iluminista contra el Estado absoluto, más específicamente, contra las varias imágenes del soberano padre o patrón, del monarca por derecho divino o del hobbesiano Dios terrenal. El patrón que da órdenes a los súbditos esclavos, el monarca que recibe de Dios el derecho de mandar, no tienen ninguna obligación de revelar a los destinatarios de sus órdenes el secreto de sus decisiones. En el Estado autocrático el secreto de Estado no es la excepción sino la regla. El poder autocrático no sólo se esconde para no hacer saber quién es y dónde está, sino que tiende también a esconder sus intenciones reales en el momento en el cual sus decisiones se convierten en públicas. Tanto el esconderse como el esconder son dos estrategias habituales del ocultamiento. Se convierte en una *communis opinio* que quien detenta el poder y debe continuamente cuidarse de enemigos internos y externos, tiene el derecho de mentir, más precisamente, de “simular”, de hacer aparecer lo que no es, y de “disimular”, de no hacer aparecer lo que es.

Decía antes que el gobierno democrático permanece como el modelo ideal del gobierno público. Si confrontamos hoy con la realidad este ideal de la democracia como gobierno del poder visible, veremos que existe una disociación evidente. Me refiero sobre todo al fenómeno del “subgobierno” y al que se podría llamar “criptogobierno”. Esta división del poder, no ya vertical u horizontal, de acuerdo a las distinciones clásicas, sino en profundidad, es decir en poder emergente (o público) y en poder sumergido (u oculto), no es muy ortodoxa pero puede servir para recoger aspectos de la realidad que escapan a las categorías tradicionales.

Quizás ha llegado el momento de intentar una teoría del “subgobierno”, del cual existe nada más —¡y cómo!— una práctica. Tal práctica se encuentra estrechamente conectada con la función del Estado poskeynesiano, que es el gobierno de la economía. Ahí donde el Estado ha asumido la tarea del gobierno de la economía, la clase política ejerce el poder no sólo a través de las formas tradicionales de la ley, del decreto legislativo y de los varios tipos de actos administrativos, que desde que existe un régimen parlamentario y un Estado de derecho han entrado a formar parte de la esfera del poder visible, sino también a través de la gestión de los grandes centros de poder económico (bancos, industrias del Estado o industrias subvencionadas por el Estado, etcétera). De dicha gestión, además, la clase política extrae los medios de subsistencia de los aparatos de partido, de aquellos aparatos que, a través de las elecciones, la legitiman para gobernar. A diferencia del poder legislativo y del poder ejecutivo tradicional,

el gobierno de la economía pertenece en gran parte a la esfera del poder invisible en cuanto se sustrae, si no formalmente sí sustancialmente, al control jurisdiccional.

Llamo “criptogobierno” al conjunto de las acciones de las fuerzas políticas subversivas que actúan en la sombra, aliadas a los servicios secretos o a una parte de éstos o, al menos, no obstaculizadas por ellos. En la reciente historia de Italia, el episodio más impresionante de este tipo es, sin duda, la masacre de Piazza Fontana.* Me limito a subrayar una vez más la sospecha que ha quedado, una vez concluido el proceso, de que el secreto de Estado haya servido para proteger el secreto del antiestado. Evoco la masacre de Piazza Fontana aun con el riesgo de parecer detenido en un episodio remoto, porque la degeneración de nuestro sistema democrático comenzó ahí, en el momento en que un *arcanum*, en el sentido más propio del término, ingresó imprevisto e imprevisible en nuestra vida colectiva y la trastornó, seguido por otros episodios igualmente oscuros.

Nuestra historia reciente ha sido atravesada por demasiados hechos misteriosos, lo cual empuja a reflexionar sobre la fragilidad y la vulnerabilidad de nuestras instituciones democráticas, también desde el punto de vista de la opacidad del poder, opacidad como no-transparencia.

Y en fin, si la existencia de un *arcanum imperi* o *dominationis* permanece como hipótesis, no es una hipótesis sino una dramática realidad el retorno, impensable hasta hace pocos años, de los *arcana seditionis* bajo las formas de la acción terrorista. El terrorismo es un caso ejemplar del poder oculto que atraviesa toda la historia.

Quisiera referirme brevemente a otro tema paralelo al del poder invisible: el tema del poder que todo lo ve. Curiosamente el límite del *Panopticon* de Benham era el mismo que Rousseau admitía para la democracia directa, realizable sólo en las pequeñas repúblicas. La idea de que la democracia directa se convierta en una posibilidad gracias al uso de las computadoras, ya no es hoy el fruto de una imaginación extravagante. Y yo me pregunto: el mismo uso de las computadoras, ¿no podría hacer posible un conocimiento capilar de los ciudadanos —aun de aquellos que viven en un gran Estado— por parte de quien detenta el poder?

Sería una tendencia opuesta a la que ha dado vida al ideal de la democracia como ideal del poder visible: la tendencia no hacia el máximo control del poder por parte de los ciudadanos sino, al contrario, hacia el máximo control de los súbditos por parte de quien detenta el poder.

* El 12 de diciembre de 1969 estalló una bomba en la Banca de la Agricultura ubicada en la Piazza Fontana de la ciudad de Milán. En un principio se buscó a los posibles autores del atentado —que causó doce muertos— en los grupos de la ultrazquierda, incluso se procesó a un anarquista. Más tarde, se empezaría a hablar de que los autores intelectuales y materiales podrían encontrarse, más bien, entre los altos jefes de los servicios secretos italianos y entre las figuras prominentes del “terrorismo negro” (de corte fascista). Sin embargo, a pesar de los procesos contra algunos de estos personajes, la trama y el objetivo último de la bomba de Piazza Fontana nunca lograron aclararse completamente. (L.A.)

Por lo que respecta a las otras consideraciones de esta primera pregunta, pienso que no hay dudas sobre el hecho de que existe un distanciamiento entre la gente común y la clase política. Sin embargo considero que, mientras encontramos los problemas que he indicado, como el de la ingobernabilidad, sobre todo en sociedades muy complejas, este problema del distanciamiento entre el hombre de la calle y la clase política es, en el fondo, un fenómeno recurrente. Siempre se habla del contraste entre país legal y país real, expresión creada en Francia durante la III República a finales del siglo. ¿Qué quiere decir? Quiere decir que en cualquier sistema político que no sea autoritario se forma una clase política cada vez más caracterizada por personas que hacen de la política una profesión. Todas las democracias hoy, se caracterizan cada vez más por una clase de profesionales de la política y es comprensible, por lo tanto, que se cree un cierto distanciamiento entre esta clase, en cierto sentido cerrada, y la gente de la calle. Pero me pregunto si esto es un fenómeno nuevo o si sea característica de todas las democracias parlamentarias: a medida que la actividad parlamentaria ha ido aumentando los miembros del Parlamento se convierten cada vez más en profesionales.

Hoy este profesionalismo de la política pasa por la organización de los partidos. La actividad política es desarrollada exclusivamente por los partidos y en ellos se forma la clase política. La mayor parte de los hombres políticos de hoy son funcionarios, mientras que hace cien años, en los comienzos de la institución parlamentaria, muchos representantes del parlamento eran personas que disponían de una profesión independiente: eran abogados o docentes, notables.

Hoy se hace carrera política en el ámbito del partido. En otros tiempos eran los notables quienes formaban los partidos, en el sentido de que éstos no eran más que asambleas de notables, mientras que hoy son los partidos quienes forman la clase política. Antes los hombres políticos daban vida al partido, tenían un comité electoral que era, digamos así, una especie de pequeño partido y no había partidos organizados. A medida que éstos se forman, la carrera política se hace solamente a través de ellos. La nueva clase política en Italia, que actualmente está en el gobierno, se ha formado en el partido; desde Craxi hasta Berlinguer,* son personas que no han desarrollado otra actividad que no sea la política, a través y dentro del partido y, por tanto, para regresar a lo que decíamos al principio, son profesionales de esta actividad y en un sentido todavía más restringido son profesionales de una política de partido. Primero se dio el pasaje de los notables a los profesionales de la política, ahora se da un pasaje ulterior, del profesional de la política al funcionario de partido. Ciertamente estaban mucho menos ligados a un partido —aunque fueran profesionales de la política— los diputados o ministros de la Italia prefascista. No eran profesionales de la política como lo es actualmente la mayor parte de los

* Bettino Craxi, secretario general del Partido Socialista Italiano; Enrico Berlinguer, secretario general del Partido Comunista Italiano. (L.A.)

hombres políticos, precisamente porque no existían partidos organizados como ahora y su éxito no dependía tanto del partido sino de sus propias cualidades.

En la Italia de Giolitti, liberal prefascista, resulta difícil distinguir a los hombres políticos en base al partido, excepción hecha de los socialistas. Sin embargo, debemos añadir que el socialista fue el primer partido organizado, no sólo en Italia sino también en el resto de Europa. Naturalmente, hoy también encontramos profesores universitarios, pero siempre en menor cantidad y especialmente en los pequeños partidos, como el Republicano donde está Spadolini, * profesor de universidad y periodista (dirigió el *Corriere della Sera*); donde está Visentini, ** también profesor universitario. Pero son casos aislados, cada vez más excepcionales. Por lo tanto, la clase política es sobre todo una clase de hombres de partido. Por esta razón hay un distanciamiento entre la clase política y la gente. Pero, repito, no creo que sea éste uno de los motivos de la crisis de la democracia. Podría serlo si verdaderamente considerásemos que la democracia vive nada más que a través de la participación total, global, continua de la gente. Por el contrario, como se ha visto, no es así. Las más antiguas democracias son, ciertamente, la de Estados Unidos y la de Inglaterra. Inglaterra y Estados Unidos son los únicos grandes países del mundo en los cuales la democracia, desde que se instituyó, no ha tenido una interrupción como ha sucedido por el contrario en Francia, Italia, España y Alemania. La fuerza de Estados Unidos reside en que, desde que existe la Constitución —hace más de dos siglos—, no ha sufrido jamás una ruptura. La Constitución inglesa es aún más antigua. Desde el final del siglo xvii Inglaterra no ha vivido ningún revés político considerable, no obstante todo lo que ha sucedido en su exterior: las dos guerras mundiales, la descolonización, etcétera.

Esta constatación de que se ha venido formando una clase de profesionales de la política confirma la teoría de las élites, la cual indica que quien gobierna, en cualquier régimen, también en un régimen democrático, es siempre una clase restringida de personas. La formulación de la teoría de las élites se atribuye a dos escritores políticos italianos: Gaetano Mosca quien, al final del siglo pasado, la planteó en su libro *Elementos de Ciencia Política* y Vilfredo Pareto, quien la enuncia primero en su obra sobre los sistemas socialistas, aparecida a principios de siglo y después, más ampliamente, en el *Tratado de Sociología*, publicado en 1916. Mosca, criticando la teoría clásica de las formas de gobierno según la cual hay tres tipos de gobierno (monarquía, aristocracia y democracia), sostiene que todos los gobiernos son dirigidos por una clase política restringida y, por lo tanto, todos son igualmente oligárquicos. Pero, entonces, ¿no existe diferencia entre gobierno y gobierno? Shumpeter fue quien aclaró mejor que ningún

* Giovanni Spadolini, secretario general del Partido Republicano Italiano y actual presidente del Consejo de Ministros (L.A.).

** Bruno Visentini, presidente del Partido Republicano Italiano (L.A.).

otro el problema. Sostiene que la característica de los regímenes democráticos no consiste en la ausencia de una oligarquía sino en la presencia de varias oligarquías que compiten entre ellas. Shumpeter era un economista y para él la diferencia entre un régimen democrático y otro no democrático se reduce a la que existe entre un régimen de competencia y uno de monopolio del ejercicio del poder. Como señala Robert Dahl, las democracias son regímenes *poliárquicos* y en cuanto tales se distinguen de los regímenes *monárquicos*. O bien, si se quiere usar una expresión más común, muy frecuente en el debate político italiano, se puede hablar de sistemas *pluralistas* en oposición a sistemas *monistas*. Cuando un sistema democrático degenera, como está sucediendo en Italia, es más correcto hablar de sistema *policrático* antes que de sistema pluralista para indicar la presencia de tantos centros de poder relativamente independientes, cada uno de los cuales busca superar y subyugar al otro.

L.A: Replantando la pregunta en los términos que usted ha indicado, es decir, si la crisis de la democracia tiene poco que ver con los problemas de la participación, si el problema es más bien de gobernabilidad, ¿no podríamos pensar que la democracia se está convirtiendo en una utopía, dado que su desarrollo implica un crecimiento constante de las demandas que nacen en la sociedad civil, frente a las cuales el sistema político encuentra cada vez mayores dificultades para responder?

La democracia es por naturaleza siempre imperfecta, porque una democracia integral, absoluta, la democracia perfecta, es un mito, un ideal-límite que, de hecho, no se alcanza nunca. Todas las democracias que han existido y que existen ahora son, desde el punto de vista de este ideal-límite, imperfectas, justamente porque si democracia quiere decir participación total, integral, convencida y activa del pueblo en el sistema político, no existe ninguna democracia pasada o presente y probablemente futura que corresponda a este ideal.

Perfecta era la democracia imaginada por Rousseau, pero era la democracia directa, sin intermediarios. Nuestras democracias son representativas y sólo por este hecho, imperfectas.

Se trata, en todo caso, de saber si puede hacerse una graduación entre perfecto y menos perfecto, ya que todas las democracias respecto al ideal son imperfectas. Difícil contestar una pregunta de este tipo. Todavía más difícil saber en qué momento una democracia ha llegado a tal imperfección que no se la pueda ya considerar como tal. Es un problema que nos planteamos a menudo en Italia, porque indudablemente en nuestro país la democracia está en crisis. No obstante, considero que Italia es una democracia, imperfecta, es cierto, pero real, porque las condiciones esenciales de un sistema democrático son respetadas: pluralidad de partidos, liber-

tad de prensa y de asociación, elecciones libres en todos los niveles (nacional, regional y local) y ejercicio de la democracia directa a través del *referendum*. Lo que caracteriza al sistema político italiano no es tanto la ausencia de democracia cuanto el mal gobierno o el no-gobierno. Regresando a la pregunta, el mal gobierno o el no-gobierno son para una democracia un mal peor que una escasa participación en las elecciones, tema del que partimos en esta conversación.

II. Me parece que esta pregunta se relaciona muy bien con lo que ya hemos dicho. Efectivamente, en una sociedad libre, plural, dinámica, hay una continua exigencia de resolución de los problemas que, por otra parte, nacen sólo en una sociedad libre. Es muy difícil que un movimiento feminista surja en un Estado totalitario, para no hablar de los movimientos ecologistas.

¿Por qué se han formado los partidos? Para seleccionar, agregar y transmitir las demandas al sistema político. Esta es la razón por la cual los partidos nacen en un período de avance y desarrollo del sufragio universal. En los tiempos en que el sufragio era restringido, cuando votaba el 5 el 6 o el 10% de la población, no había necesidad de formar grandes partidos. Bastaban los pequeños comités electorales en el momento de las elecciones. La instauración del sufragio universal aumentó el número de electores e hizo necesario organizar de algún modo a millones de personas.

Los partidos, como otros organismos, una vez institucionalizados pierden el ímpetu inicial y terminan por no percibir las nuevas demandas que surgen de la sociedad. Y entonces se forman partidos o movimientos nuevos que recuperan las demandas que los partidos viejos no son capaces de recoger. ¿Por qué nacieron los partidos socialistas, o el Partido Laborista en Inglaterra? Fueron un resultado de la revolución industrial, de las nuevas demandas que nacían como consecuencias de la transformación de la sociedad y de la organización de la fábrica. Lo que está sucediendo ahora no es muy diferente de lo que aconteció cuando se formaron los partidos del movimiento obrero. Tampoco el movimiento obrero en sus comienzos estaba organizado. Solamente en un segundo momento se organiza, se institucionaliza en los partidos socialistas, socialdemócratas, laboristas. Para concluir: a nuevas demandas, nuevos partidos.

La pregunta también hace referencia a la calidad de la vida. Esta es una expresión que yo usaría siempre con mucha prudencia porque no está muy claro qué quiere decir. Es un poco un eslogan de los partidos llamados del cambio, los cuales dicen que es necesario cambiar también la calidad de la vida. Es probable que ésta cambie independientemente de la voluntad política de este o aquel partido, que cambie a través de los cambios del sistema social en su conjunto. Mis hijos tienen una calidad de vida distinta ciertamente de la que yo tenía. No digo que sea mejor o peor, es diferente, porque hay más libertad, más posibilidad de moverse, de viajar, de tener información, etcétera. Existe una relación diferente

entre hombre y mujer: entre mi organización familiar y la de mis hijos hay una profunda diferencia. Han variado muchos modos de vida y muchas costumbres que forman, precisamente, lo que se puede llamar calidad de la vida. No estoy seguro de que estos cambios dependan siempre de los cambios políticos. Dependen más bien de las transformaciones de la sociedad en su conjunto.

Por otra parte, usted dice que estos nuevos movimientos son portadores de un impulso hacia la dilatación de los espacios democráticos. Eso sí es cierto. Una de las características de la democracia es que pide siempre más democracia. Efectivamente, una de las razones de las dificultades de la democracia, que hacen de ella un régimen difícil, es su dinamismo en el sentido de que un sistema democrático no lo es nunca suficientemente. Hay dos bienes fundamentales a los cuales el hombre aspira con la máxima energía: libertad e igualdad. El hombre quiere siempre mayor libertad en el sentido de poder dirigirse a sí mismo, de no ser oprimido por potencias más allá de él; y quiere siempre mayor igualdad en el sentido de que no quiere tener menos de lo necesario habiendo personas que tienen más de lo superfluo. La libertad y la igualdad son las dos grandes aspiraciones humanas y representan los grandes temas de toda la historia política del hombre.

Ahora bien, es cierto que en un régimen que ofrece más libertad e igualdad que otros, siempre se desea tener más de ambas. Son dos aspiraciones tan fuertes que no se detienen jamás. Si se da cierto espacio de libertad a una persona, ésta, apenas conquistado ese espacio, querrá uno más grande. Si se da mayor igualdad a una persona respecto de otra, por ejemplo se le otorga la igualdad frente a la ley, la igualdad jurídica, en un cierto momento no estará satisfecha solamente con la igualdad formal y querrá una forma de igualdad mayor, la de la oportunidad.

La democracia nació sobre la base de un impulso libertario e igualitario. Precisamente por haber nacido de estos dos impulsos la democracia nunca es perfecta: la libertad pide siempre más libertad y la igualdad pide siempre más igualdad. Es por esto que la democracia no agrada a los conservadores. Y los conservadores, ¿por qué son antidemocráticos? Porque dicen: si se da a la gente una determinada libertad, querrá inmediatamente obtener otras. Lo mismo vale para la igualdad: son eslabones de una misma cadena.

En un artículo que escribí a propósito de la cuestión polaca, planteaba que una vez obtenida la libertad sindical, la gente pediría también libertad de partido. ¿Por qué deben ser libres los sindicatos y no los partidos? ¿Por qué son libres los sindicatos y hay un solo partido? ¿Acaso no es más importante la libertad de los partidos que la del sindicato? Creo que la cuestión polaca demuestra claramente cómo las libertades son solidarias una con otra. Se sabe además que las democracias nacieron sobre la base sólo de algunas libertades, como la religiosa, que fue la primera porque concernía menos al sistema político; después, la libertad de prensa, la misma libertad política de participar en las elecciones, consecuencia de

las otras. Cuando se obtiene la libertad de prensa se quiere también, como resultado natural, la libertad de voto. De la libertad política han nacido después todos los llamados derechos sociales, porque no podemos ser iguales en la participación, en el voto, si no tenemos igualdad de instrucción. He aquí por qué la igualdad política lleva a una de las primeras formas de igualdad social que es la instrucción obligatoria para todos. Después de la instrucción viene la garantía de un puesto de trabajo, etcétera. Repito, se trata de una cadena cuyos eslabones están atados uno con otro. De la misma manera evolucionó la igualdad. Se comenzó por la llamada igualdad ante la ley: ser juzgado imparcialmente por el juez, sin discriminación de clase, de casta o de "orden social", como se decía antes. En un segundo momento, se exige también la igualdad de oportunidades porque la igualdad formal no sirve para nada si uno pertenece a una familia pobre y otro a una rica. El Estado, por lo tanto, debe garantizar a todos las mismas oportunidades. ¿Y por qué no el salario mínimo garantizado?

Ya que hablo con una mujer, agrego que el problema femenino, por lo que se refiere a la aspiración de igualdad, es emblemático. Se hablaba de libertad e igualdad pero casi siempre refiriéndose sólo a los hombres. El derecho de voto, sí, pero a los hombres, no a las mujeres. El trabajo garantizado, sí, pero a los hombres, no a las mujeres. Nos hemos dado cuenta muy tarde de que en una sociedad de libres, de iguales, la mitad por lo menos de esta sociedad no era ni libre ni igual a los otros. Las reivindicaciones del movimiento femenino encajan perfectamente en la lógica del sistema democrático, porque entran en la lógica de un sistema que partió de la voluntad de satisfacer las dos aspiraciones fundamentales del hombre: libertad e igualdad.

Otras reivindicaciones, aun siendo muy importantes como las ecológicas, nacen de condiciones objetivas, es decir del desarrollo enorme del sistema industrial que acarrea efectos negativos como la contaminación atmosférica. Pero también aquí se trata de problemas que encajan perfectamente en la lógica de un sistema que quiere garantizar, con la mayor libertad y con la mayor igualdad, una vida mejor para el mayor número de personas. ¿Por qué estos movimientos están fuera de los partidos? Porque formulan demandas nuevas que los viejos partidos no se habían planteado.

¿Qué cambios deben realizar los partidos políticos? No sé como responder a una pregunta de ese tipo. Respondo con pocas ganas sobre el deber ser, sobre qué se debe hacer. Si se trata de preguntas que se refieren al análisis de los hechos, al intento de dar una explicación de los hechos, las recojo, aunque con muchas dudas porque son siempre de problemas muy complejos. Pero una pregunta sobre lo que deberían hacer los partidos nos llevaría un poco fuera de nuestra discusión acerca de la democracia en general.

III. Pienso que de alguna manera este grave problema de la relación entre socialismo y democracia forma parte del planteo que hasta ahora hemos

ido elaborando. Después de hablar de los problemas de la democracia en Europa Occidental y en general de la democracia representativa, podemos pasar al tema de la democracia en el socialismo.

Debo decir que el tema es muy complejo y hasta ahora no se ha resuelto. Ingresé, diremos así, en la polémica política de estos años justamente por eso, para subrayar el hecho de que hasta ahora no se ha visto un país que sea democrático y, al mismo tiempo, socialista. Hasta ahora el problema de la conjugación democracia-socialismo no ha encontrado solución porque en el mapa de los regímenes que existen hoy en el mundo, hay países democráticos y no socialistas, hay países socialistas y no democráticos y después, naturalmente, países que no son ni lo uno ni lo otro. Las posibilidades son cuatro: la democracia sin socialismo, el socialismo sin democracia, ni democracia ni socialismo, democracia y socialismo. Sólo la cuarta no se ha realizado. ¿Por qué? ¿Por qué a pesar de más de un siglo de movimiento obrero y de que algunos partidos socialistas hayan estado en el poder (laboristas en Inglaterra, socialistas en Suecia) y a pesar del éxito de la socialdemocracia en Alemania —durante el período de la Segunda Internacional y después de la segunda guerra mundial—, no existen países que sean democráticos y, a la vez, socialistas? Personalmente no he logrado dar una respuesta convincente a esta pregunta y tengo la impresión de que ninguno lo ha hecho.

L.A.: Quizás porque, como usted dice en su libro *¿Cuál socialismo?*, lo que hasta ahora hemos visto y llamado socialismo no es en realidad tal.

Precisamente, no es socialismo, y entonces, ¿qué es? Preguntémoslo, pues, qué es el socialismo. Si por socialismo se entiende la construcción de una sociedad que implique la transformación integral de la institución de la propiedad, el paso de la propiedad individual a la colectiva; si el socialismo se interpreta de esta manera, los países del Este son países socialistas, porque no hay duda de que en ellos la gran transformación ha sido precisamente ésta: la eliminación de la propiedad individual. Pero no son países democráticos. Entonces quiere decir que el socialismo implica la no democracia; que el socialismo, este ideal de la colectivización integral, trae como consecuencia necesaria la imposibilidad de un sistema democrático. En otras palabras, ¿es posible conjugar la economía colectivista con la democracia política, el colectivismo económico con el pluralismo político? Este es el problema fundamental. Hasta ahora nadie ha logrado demostrar que esto sea posible.

Probablemente es necesario modificar la idea de socialismo. Si por socialismo se entiende la colectivización integral, hasta ahora ningún gobierno ha logrado probar con los hechos que esta situación sea *compatible* —porque es justo un problema de compatibilidad— con un sistema poli-

tico democrático. Por lo tanto, yo sigo poniendo un punto interrogativo al final de cada discusión sobre este tema, y todas las discusiones habidas en los últimos cuatro años no me parece que hayan dado una respuesta clara. A una pregunta de este tipo la única respuesta que suele darse es que es necesario conducir conjuntamente la transformación de la economía y de la propiedad con la transformación del sistema político; llevar a cabo con el mismo ritmo la socialización del poder político y la socialización de la economía; ampliar la democracia pasando de un sistema de democracia puramente política a un sistema de democracia también económica o industrial.

Se identifica esta tesis generalmente con la de la autogestión. Autogestión en el sentido de extender la democracia, es decir, la participación en las decisiones colectivas del sistema político al sistema económico. Si esta vía puede ser recorrida, hasta qué punto puede ser actuada, cuándo, cómo, con qué medios, a través de cuáles fuerzas políticas, es un problema no resuelto, pero es el problema fundamental de la izquierda democrática.